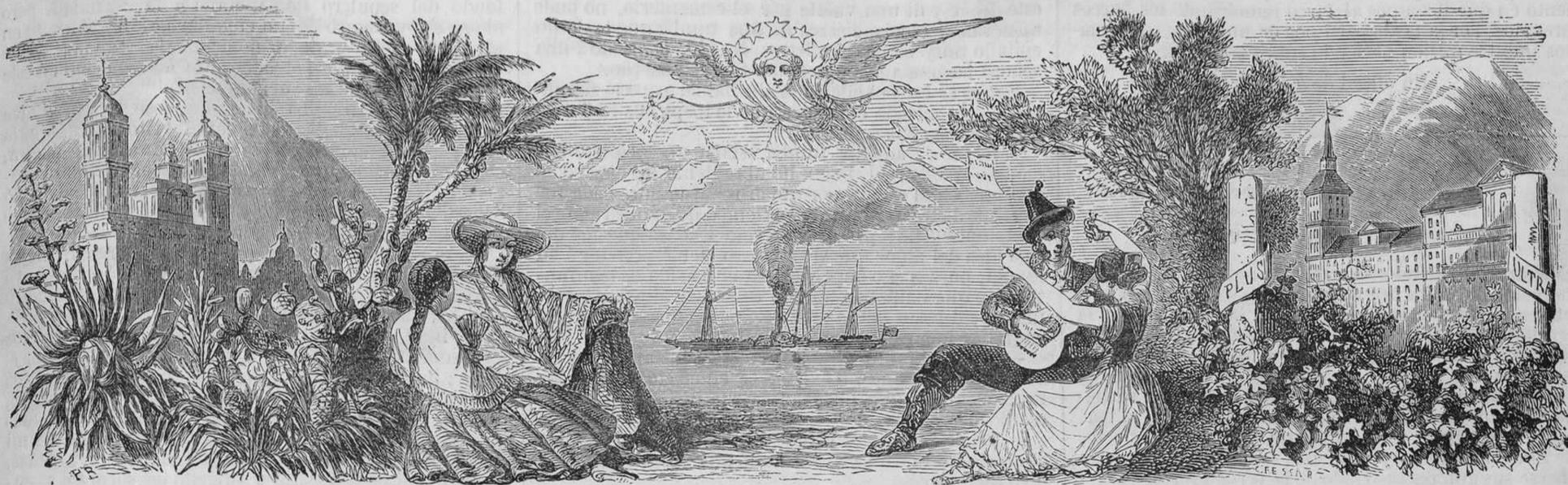


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 85.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Captura de un buque y de una chalupa de piratas; grabado. — Apuntes para un drama. — Revista de Paris. — Establecimiento chino. — Curiosidad fisiológica. — Margarita Pusterla. — Efecto de los anteojos. — Fortificaciones de Sebastopol; grabados. — Tres cartas acerca de la Finlandia. — El Rhin; grabados. — Un hecho frenológico. — Revista de la moda. — Invenciones y descubrimientos. — Correspondencia de Oriente; grabados.

### Captura de un buque y de una chalupa de piratas,

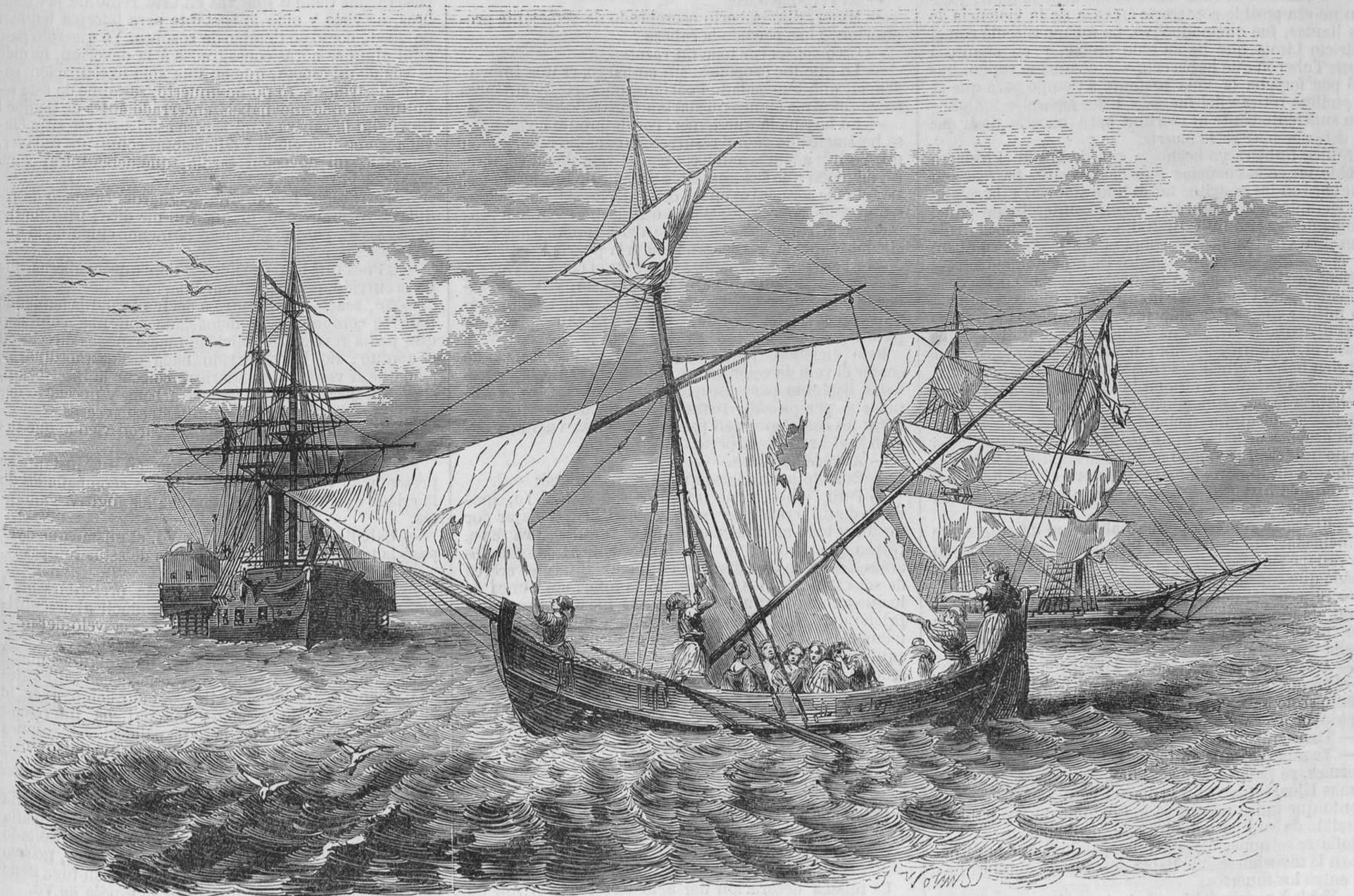
Por la corbeta de vapor LA INFERNAL, capitán Rostaing, el 29 de junio de 1854.

El 28 por la tarde, la *Infernal* salió del Pireo remolcando dos embarcaciones francesas: al día siguiente, pasando por el canal Doro, hacia la isla Zea, encontró a eso de las ocho de la mañana un gran buque con las velas bajas cargadas y pabellon griego. Habiendo parecido sospechosa su maniobra, el comandante Rostaing dió el orden de prepararse al combate, y tres cuartos

de hora despues virabamos en la direccion del buque misterioso.

Al acercarnos, apercibimos una chalupa que despues de haber costeado el buque remaba precipitadamente hacia la isla de Zea. Tiramos dos cañonazos desde luego, uno sobre cada embarcacion, que llevaron el pánico al enemigo. La gran canoa fué armada de un oficial y treinta hombres, algunos de los cuales eran artilleros de la tripulacion: esta tomó sin dificultad posesion del buque cuyas velas amainó, enviando los pasajeros á bordo de la *Infernal*. En dicho buque cogimos al enemigo gran número de armas cargadas, pólvora, oro y plata.

Durante este tiempo, forzabamos á la chalupa á se-



Captura de unos piratas.

guir á la corbeta; sujetando con grillos á los individuos de ambas embarcaciones prisioneras. En la chalupa encontramos escondidas seis mujeres que fueron tratadas con todo el debido miramiento por nuestros oficiales, pero que al parecer nada podía consolarlas: estas permanecieron entregadas á su desesperacion hasta el momento en que llegamos al Pireo remolcando los barcos apresados. Por la tarde partimos de nuevo, y continuamos nuestra mision haciendo ruta para Gallipoli.

Un oficial de á bordo: FRISSARD.

### Apuntes para un drama.

ACTO CUARTO. — CUADRO PRIMERO.

Mientras el narrador descansaba remojando la palabra, como dicen los tios de mi lugar, se terció una disputa entre los demás individuos de la mesa, sobre la verosimilitud del acto tercero de nuestro drama. Sostenia cierto crítico el manoseado tema de que bajo el punto de vista artístico, no es verosímil todo lo que es posible, pues muchas veces ocurren fenómenos y casualidades en el mundo real que rechazáramos en el teatro como invenciones extravagantes. Esto es tan cierto, que muchos dramas y tragedias se han silbado por no haberse sus autores apartado de la verdad histórica.

Otro ciudadano llevó mas al extremo su oposicion á la verosimilitud del drama, pues no dudó en decir que cuando una persona pasa veinticuatro horas sin dar señales de vida, es porque real y verdaderamente ha dejado de existir. Contra este argumento salieron á colacion infinitas citas que todos los demás concurrentes parecían tener estudiadas.

— Perdóneme Vd., dije yo; prescindiendo de los muchos ejemplos que se presentan diariamente de cajas que han aparecido rotas y arañadas dentro de los nichos cuando al cabo de algunos años han sido registradas para enterrar otros cadáveres, basta ojear la historia de la ciencia para convencerle á Vd. de que vive en un error. Los naturalistas refieren casos que hacen erizar los cabellos, y yo recuerdo haber leído en las obras de Plinio este pasaje terrible: «Aviola, dice, personaje consular, volvió á la vida sobre la hoguera funeral.»

— ¿Cómo es eso de volver á la vida sobre la hoguera? interrumpió el interruptor.

— ¿Pues qué, continué yo, no sabe Vd. que los romanos quemaban los cuerpos de los muertos?

El buen hombre, confundido, dijo que no se acordaba, por no decir que no lo sabia, y yo continué la cita de Plinio en estos términos:

— «Volvió á la vida sobre la hoguera funeral, y como no era posible socorrerle á causa de la violencia de las llamas, fué quemado vivo. Lo mismo sucedió con el patricio Limia que habia sido pretor, y en cuanto á Oluis Tuberon que habia ocupado el mismo rango, habló por fortuna la vida bastante á tiempo para que se le pudiese retirar del fuego.» Estos ejemplos indignaron suficientemente al escritor para hacerle decir que *no debemos creer en la muerte.*

Nunca hubiera yo hecho la cita de Plinio si hubiera sabido las consecuencias que debia traer. La reaccion que obró en los espíritus fué extraordinaria, y la retaila de ejemplos que recordó, desesperante. Desde aquel momento ya no hubo individuo que no conociese algun otro vuelto á la vida sobre el borde de la tumba ó en el camino del campo-santo. De los fenómenos fisiológicos producidos por la naturaleza se pasó á los ocasionados por la mano del hombre. Uno decia conocer á un militar que habia sido fusilado, sin embargo de lo cual disfrutaba tan buena salud como nosotros; otro citaba el nombre y apellido de un emigrado portugués á quien habian ajusticiado dos veces, una por medio del garrote en España, y otra en la horca en Italia. En fin, no habria faltado quien quisiese hacernos creer en la existencia de algun dichoso mortal que viviese tambien despues de haber sido guillotinado en Francia, si yo no hubiera reclamado el silencio suplicando al narrador del drama que tomara de nuevo el hilo de la interrumpida historia. Este no se hizo rogar, y habló en los términos siguientes:

— El teatro representa una habitacion decentemente amueblada. Sofia notablemente aliviada descansa en un canapé sin prestar, al parecer, mucha atencion á la criada que se esfuerza por distraerla.

— Sí, señora, decia esta, todo está preparado para el viaje, de modo que esta noche á las nueve partirán Vds. por el camino de hierro, y mañana á las mediodía ya estarán Vds. en Bruselas.

— Asómate á ver si viene M. Alberto.

— Pero, señora, ¿cómo quiere Vd. que venga tan pronto si no hace un cuarto de hora que salió á buscar el pasaporte?

— Tienes razon.

— Ya sabe Vd. que en Paris, con estas distancias tan enormes, se pasan las horas que es un gusto. Ayer, sin ir mas lejos, estuve yo á visitar el Père-Lachaise, y por pronto que quise volver, se me hizo de noche, habiendo salido de casa poco despues de mediodía.

Sofia se estremeció al oír estas palabras que la recordaban la mansion donde habia descansado algunas horas entre los muertos.

— Verdad es, añadió la criada, que allí me entretuve con una escena que me inundó los ojos de lágrimas. Figúrese Vd., señora, que despues de recorrer el ce-

menterio y echar mi corona de siempreviva sobre el sepulcro de Eloisa y Abelardo... ya sabe Vd. que tal es la costumbre de los enamorados que van al Père-Lachaise.

— Sí, ya lo sé.

— Pues, como iba diciendo, despues que cumplí con este deber y di una vuelta por el cementerio, no pude ménos de detenerme cerca de una tumba que tenia un epitafio muy bonito con letras de oro, dedicado á una señora baronesa de cuyo título no me acuerdo.

Entonces fué cuando Sofia sin hablar pareció significar con la mirada el interés que le inspiraba la narracion. La doncella continuó:

— Al pié de aquella tumba estaba un caballero haciendo oracion. El buen hombre tenia los ojos como clavados en el objeto por quien rogaba, pues nada fué capaz de distraerle durante el tiempo que yo permanecí contemplándole; pero no es solo esto lo que me dió una idea del amor que el caballero debió profesar á su esposa, pues luego supe que era el marido de la difunta, sino que habiendo tratado de tomar algunos informes, me dijeron que el pobre señor iba todas las tardes, sin faltar una sola, á hacer otro tanto.

— Pobre hombre, dijo Sofia; esa constancia en favor de un sér que no existe, es en efecto, uno de los raros ejemplos que puede ofrecer la historia de la humanidad.

— Así es, señora, y como yo no he tenido el honor de conocer á la difunta, me asaltó una reflexion que me hizo temblar.

— ¿Tambien tú llevaste el pensamiento hasta el fondo de la tumba?

— Tambien, señora, pero fué para hacerme estas preguntas: ¿Quién sabe si ese amor tan ardiente seria correspondido? ¿Quién sabe si en caso de haber muerto ese hombre ántes que su mujer, habria merecido las mismas pruebas de cariño? En fin, si la baronesa viviera, ¿quién puede asegurar que no pensase tal vez en otro ántes que en el hombre que tan fervorosamente honra su memoria?

Sofia bajó los ojos confundida, sintió enardecerse sus mejillas, llegando á pensar que las reflexiones casuales de la criada eran otras tantas alusiones, y no pudiendo sufrir mas tiempo un diálogo que despertaba el remordimiento en su corazon, iba á cortarlo imponiendo silencio á la criada, cuando apareció Alberto.

— Todo está preparado, dijo este; dentro de dos horas partiremos para Bélgica.

— Quisiera hacer ántes una visita, respondió Sofia.

— ¡Una visita! exclamó Alberto asombrado de semejante proposicion.

— Es el último favor que espero merecerle en Francia.

— ¿Y adónde piensas ir?

— Al Père-Lachaise.

— Mujer, dijo Alberto asombrado de semejante proposicion, ¿has perdido la cabeza?

— Creo conservar toda mi razon.

— Lo que me propones, sin embargo, es una imprudencia, una temeridad. Podrian conocerte, y entonces todos nuestros planes quedarian frustrados.

— No hay nada que temer. Por de pronto como nada se ha traslucido de mi resurreccion, nadie reparará en mí. Yo iré además cubierta con el velo de mi sombrero, de modo que sea imposible distinguir mis facciones. De esta manera entro en el cementerio, satisfago el deseo que he concebido, y salgo inmediatamente á reunirme contigo en el coche que debe conducirnos y en el cual te quedarás esperándome á la puerta.

— ¿Pero qué te propones hacer en el cementerio?

— Nada. Déjame llenar este capricho, y bástete saber que la mujer que ha contraído la obligacion de seguirte al cabo del mundo, no buscará vanos pretextos para abandonarte.

Esto diciendo, Sofia se puso su sombrero, dejando correr el velo de color que realmente, la ocultaba el rostro lo bastante para escapar á las miradas mas prevenidas y perspicaces; mandó á la criada que tuviera todas las cosas en orden para su próxima vuelta, y cogiendo el brazo de Alberto dijo:

— Al Père-Lachaise.

— Cuando la criada se quedó sola, exclamó:

— Pero, señor, ¿qué misterios son estos? Yo, inocente de mí, creia que estos señores iban á viajar por gusto, y todo me indica que andan fugitivos. Ya se ve, ¿cómo que no estoy en sus antecedentes! ¿Cómo los amos tienen solo el derecho de tomar informes acerca de sus criados, y los criados no se informan nunca de lo que atañe á los amos! Lo que mas me choca es el capricho que le ha entrado á la señora de visitar el cementerio desde que yo conté mi aventura de ayer. ¡Oh! aquí hay gato encerrado, y mirándolo bien, si estos señores cayeran en el garlito, no saldria yo ganando mucho en el negocio. Puede que me confiscasen el hual y me metieran en la cárcel. ¿Cómo impedirlo? La señora me ha recomendado que prepare todo lo concerniente al viaje; pero lo que yo quiero preparar es otra cosa que me fenga mas cuenta. Lo primero que debo hacer... ¡justo! así podré impedir los efectos de la ley que condena lo mismo á los cómplices que á los delincuentes.

### CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto tercero. El baron de Sevres aparece ante la tumba de su esposa en la actitud que dejamos anteriormente indicada. Es de dia, pero el sol se acerca á su ocaso y los árboles dilatan las som-

bras crepusculares. Sofia saliendo por entre varios monumentos fúnebres percibe á su marido, y la emocion que experimenta la hace dar un grito que conmueve las fibras del baron. Este se levanta atónito, diciendo:

— ¿Qué oigo, Dios mio! Esa voz no es el efecto de una ilusion quimérica; yo creia oír la salir ántes del fondo del sepulcro llamándome á la eternidad, pero ahora estoy seguro de no engañarme, ha vibrado en mi alma con la grata armonia de la realidad. ¿Qué veo? ¿Es una sombra creada por la imaginacion en este asilo fantástico de los sueños eternos!

Y el pobre baron iba incorporándose para acercarse á la mujer que habia dado aquel grito alarmante, la cual permanecía inmóvil como una estatua de piedra, como una imágen improvisada en aquel sitio para despertar el recuerdo de una víctima, cuando apareció Alberto, que habia vigilado á Sofia, y se lanzó bastante á tiempo para evitar la realizacion de sus temores.

— Ya es tarde, dijo con estudiada serenidad, alejémonos de estos lugares, y no te asustes de que haya todavía vivos que queden rogando por los muertos.

El baron quedó como petrificado.

— ¡Insensato de mí! dijo; habia dado cuerpo y voz á las sombras que cruzan mi mente trastornada por el dolor; habia creído ver y oír á la que ya no tiene voz ni forma en el mundo de la realidad. Y sin embargo, la voz y la presencia de esa mujer han hecho algo mas que alarmar mi espíritu abatido; han sembrado en mi corazon el germen de una cruel incertidumbre. Además, su aparicion en este sitio y su grito de sorpresa al encontrarme ¿no se parecen algo á la expresion del remordimiento? Es una locura, bien lo veo, pero la brecha que este incidente acaba de abrir en mi pensamiento ha dado entrada á una idea fija, incurable, que solo podrá desarraigarse por una profunda conviccion.

En aquel momento precisamente apareció el guarda, quien, siguiendo sus hábitos y consigna, iba á despedir al baron, cuando este le cogió por un brazo, diciendo:

— Venid acá, y responded á mis preguntas, vos que habitais en esta mansion de la muerte y de los misterios. ¿Habeis oído alguna vez salir del fondo de los sepulcros una voz humana remedando la verdad de la vida?

El guarda palideció como temiendo que el baron hubiese hecho algun descubrimiento relativo al secreto que él juzgaba ya impenetrable.

— ¿Habeis visto alguna vez, continuó el baron, presentarse los cadáveres despojados de todos los atavíos de la muerte, y conservando solo la aparente inmovilidad que infunde pavor en nuestros corazones?

— Señor baron, dijo el guarda, no comprendo á donde van esas preguntas.

— ¡Ah! continuó el baron como fuera de sí; ¿no habeis visto nada, no habeis oído nada? Pues yo que paso ménos tiempo que vos en este reino de las sombras, he visto y oído lo bastante para haceros temblar de miedo como yo tiemblo de zozobra. Yo que solo paso aquí algunas horas consagradas á la devocion, he oído la voz de mi esposa, que en una sola exclamacion parecia decirme: ¡Yo no he muerto; sacadme de esta sepultura donde me habeis encerrado ántes de tiempo! He vuelto la cabeza y mi esposa estaba en ese sitio clavada como una efigie y silenciosa, como un cadáver, acusando mi devocion tardía, que debia mirar como un sacrilegio.

— ¡Ah! señor baron, dijo el guarda cayendo de rodillas; yo creo todo lo que Vd. me dice; pero no me persiga Vd., porque no tengo la menor culpa de lo que ha sucedido.

— ¿Pues qué ha sucedido? ¿Con qué confiesas que ha ocurrido algo de extraordinario?

— No, señor, se apresuró á decir el guarda temiendo haberse comprometido demasiado con una confesion que podia revelar complicidad mas ó ménos directa en el asunto; no ha ocurrido nada de extraordinario, sino que al venir los lapidarios á colocar la inscripcion, creyeron encontrar la tierra escarbada y un cierto desórden interior que no es comun en estos casos.

— ¡Desgraciado! prorumpió el baron viendo que sus sospechas se iban confirmando.

Pero no pudo continuar, porque en este instante se presentaron varios agentes de justicia acompañados de la criada que últimamente servia á los fugitivos amantes.

— Caballero, dijo el juez, ¿es Vd. el mismo que ayer pasó la tarde rogando al pié de una de estas tumbas?

— Sí, señor, respondió el baron.

— Pues bien, esta jóven acaba de presentarse á hacer una declaracion que podria conducir al descubrimiento de un caso cubierto aun con el velo del misterio.

— Señor, dijo la jóven, yo sirvo hace algunos dias á unos señores que no conozco, y que deben salir ántes de una hora para Bélgica. He contado como ayer le ví á Vd. haciendo oracion, lo cual ha interesado tanto á mi señora, que primero ha palidecido, y despues ha manifestado no querer emprender el viaje sin visitar ántes el cementerio.

— ¡Es posible! exclamó el baron.

— Esto, continuó la jóven, parece que no tendria nada de particular; pero el caballero que la acompaña se oponia á sus deseos, y en esta contienda han soltado palabras sospechosas que me han hecho creer, no solo que van huyendo de esta tierra, sino que su fuga tiene alguna conexion con la muerte de su esposa de Vd.

— Señor juez, dijo el baron, por pronta providencia pido que mande Vd. abrir esa tumba.

El juez ordenó al momento lo que pedia el baron; los

operarios levantaron inmediatamente la losa y abrieron la caja vacía, causando una impresión imponderable de sorpresa en todos los circunstantes. El barón lanzó un grito que parecían repetir los ecos de todos los sepulcros y cayó desmayado en los brazos del guarda, conmovido con aquella escena terrible cuyas consecuencias le llenaban de espanto.

— El hecho está justificado, dijo el juez dirigiéndose al guarda, cuide Vd. de ese caballero á quien prodigaré todos los auxilios que su situación reclama, y Vd. jóven, añadió hablando con la criada, siganos Vd., que vamos al embarcadero del camino del Norte, donde debemos hallar y prender á los fugitivos.

En este instante entró en el café de Frascati un ciudadano que me propuso una partida de ajedrez. Yo le dije que estábamos oyendo un cuento.

— ¿Qué importa? contestó el recién llegado, bien podemos oír el cuento jugando.

Tuve que aceptar, y con este motivo la narración sufrió una pausa que tenía las trazas de un entreacto. Figurémonos, pues, que ha terminado el cuarto acto de esta representación mas extraña que original.

J. M. VILLEGAS.

Los acontecimientos políticos de España, de que ya tienen conocimiento nuestros suscritores, han ocasionado sin duda el retardo que experimentamos en el recibo de la *Revista de Madrid*, que el señor Satorres nos ha remitido hasta ahora con la mayor puntualidad. Ignoramos la suerte que dicho señor ha corrido á consecuencia de los sucesos mencionados; pero hemos recibido sin embargo y tenemos tomadas las medidas necesarias para seguir recibiendo los demás artículos de los autores notables contemporáneos, que tanta aceptación han obtenido entre nuestros lectores. Nuestro periódico contendrá, pues, siempre alguna de esas producciones dignas de la reputación de sus autores, y escritas expresamente para ver la luz en esta publicación eminentemente española.

### Revista de Paris.

El honrado parisiense, modesto en recursos y en inteligencia, que hace pocos años aun contaba como un suceso extraordinario un viaje á San German ó á Versailles, y que si por acaso llegaba una vez en su vida hasta Fontainebleau, se figuraba haber tocado ya á las columnas de Hércules, no se contenta en el día con excursiones á tan corta distancia; los caminos de hierro cruzándose en todos sentidos por el vasto territorio de la Francia, han concluido por despertar en el pacífico vecino de la capital ideas mucho mas ambiciosas con respecto á viajes. El deseo comun de todos los parisienses en verano, es decir, de los parisienses que no van á Italia, á la Suiza ó á los baños de Baden, es pasearse un día entero por una playa; el mar está tan lejos y es tan grande... agua y mas agua, la inmensidad por todas partes... y el hombre se burla del elemento en una tabla... pero si la tabla da media vuelta, buenas noches, el agua recibe al hombre, le levanta sobre una cresta, le lanza de una ola que se sumerge á otra ola que sube, le hace dar cuatro volteretas y acaba por tragarse. Esta es la mar, y el parisiense desea ver tan sublime espectáculo, y lo logra, pues las creaciones de los *trenes de placer* han suprimido las distancias: Ruan no está ya á treinta y cuatro leguas de Paris, sino á dos horas de distancia, y para ir del embarcadero del camino de hierro al puerto de Dieppe, se emplea el mismo tiempo que gasta un cochero en fumar una pipa, cuatro horas y algunos minutos. Además, ¡los *trenes de placer* son tan económicos! Aprovechando la ocasión en que las compañías de los ferro-carriles ponen sus wagones á la disposición del público para esas excursiones agradables, se pueden visitar no solo los puertos de la Francia, sino tambien algunas capitales de países extranjeros como Bruselas y Londres. Quien no vió el palacio de cristal fué porque no quiso; hubo empresas que por doce pesos fuertes llevaban á un viajero de Paris á Londres y le traían de Londres á Paris, sin que el viajero hubiera tenido que gastar un penique en casa y comida durante los tres días que la empresa le permitía residir en la capital de la Gran Bretaña, y mucho ménos en la travesía de ida y vuelta. La especulación hace prodigios; hoy el viaje solo cuesta mas caro.

Por eso decimos, como el proverbio, que la ocasión la pintan calva, y el parisiense no es tan necio que no se apresure á sacar partido de las buenas coyunturas. Cada *tren de placer* para Dieppe ó para el Havre nos roba á miles los parisienses, pero afortunadamente nada se pierde en ello, al contrario, se ganan anécdotas divertidas por el estilo de la siguiente:

Hará un par de semanas, los habitantes de Dieppe veían todos los días un jóven de unos veinticinco años, de buena figura y bien vestido. Todo el mundo le creía rico, por la razón de que pasaba su tiempo holgando, aunque sin embargo esta ociosidad no habria debido sorprender á las gentes de un pueblo en que por lo comun se vive con los brazos cruzados; los que en Dieppe parecen mas activos son justamente aquellos que van allí con ánimo de descansar unas cuantas semanas. Pero en fin, hay personas que tienen el privilegio de llamar la atención por nada, y que ni siquiera pueden estornudar sin que sean criticados por sus vecinos. El jóven en cuestión pertenecía á este número de privilegiados; preciso es confesar tambien que era un mozo arrogante y de buen porte, y que se habia hospedado en la primera fonda de la ciudad; el hecho es

que el jóven (no le daban mas nombre que este) principiaba á ponerse á la moda. Las damas le miraban al soslayo, y los hombres solicitaban su trato con empeño.

Este jóven, á quien nosotros llamáremos Alfonso, se hallaba sentado una tarde en el muelle contemplando las olas, y pensando sabe Dios en qué, acaso en nada, cuando un hombrecillo flaco y de mala apariencia que acababa de caer en la ciudad como una bomba acompañado de mil parisienses, se llegó á él, y dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

— Buenas tardes, amigo Alfonso; ¿cómo vamos?

— Buenas tardes, mi amigo Saturnino; la salud es buena, á Dios gracias; ¿y la de Vd.?

— Muy bien, querido Alfonso.

— ¿Y por qué casualidad está Vd. aquí?

— ¡Ah! eso le extraña á Vd.; confieso que no he venido en su busca, pero la ocasión, el *tren de placer*, ¿qué quiere Vd.? jamás habia visto las olas.

— Y además, deseaba Vd. averiguar mi paradero, ¿no es verdad, viejo zorro?

— ¡Oh! mi amigo Alfonso, puede Vd. creer...

— Ea, ea, no me enfado, y para probarse á Vd. vendrá Vd. á comer y á cenar conmigo, y se hospedará Vd. en mi cuarto; con eso hablaremos de un asunto que á los dos nos interesa.

— ¿Qué amable es Vd., amigo mio! Enhorabuena, comeré y cenaré con Vd. y aun me hospedaré en su cuarto, pero créame Vd., antes de todo ajustemos nuestras cuentas.

— Vamos, haré lo que Vd. guste, pícaro viejo.

Y se fueron del brazo lo mismo que dos amigos íntimos.

Ahora descubriremos el secreto de las relaciones que existían entre el viejo Saturnino y el jóven Alfonso.

Alfonso habia tenido necesidad de recurrir al bolsillo de Saturnino, y este habia suplicado al tribunal de comercio que diera gratis al deudor la comida y la posada; pero Alfonso habia juzgado prudente burlar á su feroz usurero, y habia marchado á Dieppe como habria podido marcharse á América.

Pero desgraciadamente la casualidad le habia enviado á Dieppe la visita del usurero.

Alfonso andaba huscando en su imaginación el medio de operar una nueva sangría en la bolsa del viejo prestamista, y este se preguntaba lo que debia hacer para no perder de vista á su interesante deudor; despues de muchas cavilaciones se decidió á prolongar su residencia en Dieppe hasta que Alfonso se marchara, y mientras tanto se propuso disfrutar de la hospitalidad que el jóven le habia ofrecido tan generosamente.

Generosamente, quizá es mucho decir, pues ya hemos indicado que lo que Alfonso deseaba era el dinero de Saturnino, y si su recibimiento pareció cordial, no por eso era ménos interesado é hipócrita en el fondo. Pero en fin ¡el dinero hace al hombre tan pequeñito!

Un domingo por la mañana, Alfonso dijo á Saturnino:

— ¿Porqué no habíamos de dar un paseito por la dársena para abrirnos las ganas?

— ¿Por la dársena? Está Vd. loco, amigo mio; nunca podré decidirme á tal calaverada.

— No saldremos de ella, amigo Saturnino, porque yo tampoco soy valiente en el agua salada; pero en el dique es como si fuéramos por un río.

— A decir verdad, creo que yo almorzaré muy bien sin embarcarme; tengo ya un apetito que da miedo.

— Saturnino, Vd. hace de mí lo que se le antoja; vamos á almorzar.

— Vamos á cualquier parte donde bebamos buena sidra.

— Qué capricho, mi querido Saturnino; basta que estemos en la patria de ella, para que no se encuentre; ningún fondista la tiene, creeria degradarse si vendiera sidra.

Juntos almorzaron copiosamente en la primera fonda que hallaron á mano, y despues de una conversacion animada y llena de abandono, salieron del brazo á tomar el aire.

— Ahora sí, mi querido Saturnino, que nos vendria como de molde un paseo por la dársena, ahí por la orillita.

Esta vez el viejo aceptó la proposición sin hacerse rogar mucho.

Alfonso tomó un botecillo, donde hizo entrar al usurero, y apoderándose de los remos comenzó á vogar lentamente.

— Cuidado, le dijo Saturnino, con ir hacia la mar.

— No tenga Vd. miedo, amigo mio, iremos únicamente á ver como sale del puerto ese hermoso bergantin danés que se columpia allí suavemente, y que debe darse á la vela dentro de pocos minutos.

En efecto, el bergantin se puso en marcha, remolcado por un cable del que tiraban cincuenta marineros, y el botecillo le seguía.

Saturnino se habia agarrado con ambas manos á la popa del ligero esquife, y contenía su respiración de miedo.

Cuando el bergantin llegó al extremo de la dársena, entró majestuosamente en la mar, saludado por las aclamaciones de los espectadores.

Alfonso manejó los remos con vigor, entró en el surco del buque, y siguió su camino.

— ¿Qué hace Vd.? gritó Saturnino; estamos en la mar.

— Ya lo creo que estamos en la mar, respondió Alfonso riendo.

— Pero ¿qué pretende Vd. hacer, desgraciado?

— Nada malo, señor mio; pretendo únicamente alejarme un par de leguas por esos mares.

— Pero á mí no me conviene tal paseo, me voy á marear, de seguro.

— ¡Oh! nadie se muere de eso, amigo Saturnino.

Y el botecillo danzaba sobre las olas que era un gusto.

— Vamos, amigo Alfonso, basta de broma; le suplico á Vd. que nos volvamos.

— ¡Volvamos! ni por pienso.

— Pero dígame Vd. por fin qué objeto se propone Vd. comprometiendo así nuestra existencia?

— Necesito emociones, respondió Alfonso afectando un aire de melancolía; y en último resultado, ¿qué es la vida, para que la tengamos tanto apego? Sé muy bien que á mi edad faltan

que vivir muchos años para ir al cementerio; pero á la edad de Vd., mi querido Saturnino, ¿qué se puede ya esperar en el mundo?

— ¡Este hombre se ha vuelto loco! exclamaba el usurero viendo la serenidad con que hablaba su amigo.

— No por cierto, no me he vuelto loco, al contrario, nunca he pensado con mas sensatez que en este instante. Mire Vd., amigo mio, á mí me queda ya muy poco de mi patrimonio; contaba con su amistad de Vd. para hacerme con algo de dinero, á fin de poder esperar con sosiego la parte que me toca de mi herencia, y Vd. se ha hecho el sordo á mis ruegos. Ya se acordará Vd. que hace un momento le pedia como un favor especial un préstamo de seiscientos pesos...

— ¡Pero si ya me debe Vd. mil, amigo mio!

— ¡Ah! es verdad; entónces me equivoqué, habria debido pedirle á Vd. otro tanto; pero repito que no quiso Vd. oirme; y sin embargo, juro que me guiaba un buen pensamiento; pensaba devolver á Vd. antes de todo el pico que le debo...

— Pero por Dios, ¿dónde va Vd. tan de prisa?

— Quiero ir á Copenhague, el buque que navega delante de nosotros nos servirá de guía.

— Pero, amigo mio, no podremos llegar; primero pereceremos cien veces en el camino.

— Cien veces, es mucho, con una que perezcamos hay de sobra; ¿sabe Vd. nadar, mi querido Saturnino?

— Seguramente que nado... en Paris, en la escuela de natación, ¡pero aquí!...

— Pues no sienta Vd. el no ser un gran nadador en estas circunstancias.

— ¿Y por qué motivo?

— Porque si zozobramos no nos salvarémos nadando.

— Pero es que yo por mi parte no quiero zozobrar.

— ¿De veras? ¿Con qué no querría Vd. morir en la mar, en medio de las olas como un almirante muere á bordo del buque en que ondea su pabellón?... ¡Oh! mi querido Saturnino, es Vd. muy prosaico.

— ¿Qué muerte tan horrible!

— No lo crea Vd. Mire Vd., se alzan los brazos en el aire, así, por encima de la cabeza...

— Pero cuidado, que suelta Vd. los remos.

— Y se hunde uno en las aguas... puede suceder entónces que venga un tiburón á precipitar el momento de la agonía... me parece haber oido decir que abundan en estos parajes.

— Amigo Alfonso, hágame Vd. el favor...

— Yo le confieso á Vd. que prefiero morir aquí á vivir encerrado en una cárcel, y me parece que sus intenciones de Vd....

— ¡Oh! no he sido yo el que ha tenido tal idea, ha sido el tribunal de comercio, pero le juro á Vd. que en cuanto entremos en casa, escribiré para recoger los documentos.

— ¡Viejo tunante! ¿Con qué es verdad? Vamos á continuar viajando; yo tengo un tío en Copenhague que me dará dinero para pagar á Vd.

— No, no, es inútil ir tan lejos; amigo mio, ¿quiere Vd. que le preste los seiscientos pesos que me ha pedido?

— Dije mil, y además ahora añado lo que he gastado en Dieppe.

— Pero...

— Y mi vuelta á Paris, y...

— Está bien, será Vd. satisfecho.

— Entónces quedemos ya corrientes, lo primero son las cuentas; déme Vd. lo prometido, y nos volverémos á Dieppe.

— Pero no traigo sobre mí esa cantidad.

— Entónces á Copenhague, amigo mio.

— Pues bien, voy á ver si por casualidad tengo aquí en la cartera...

— Algo mas que eso tienes, viejo usurero.

— Aquí están los mil pesos fuertes, volvámonos á Dieppe.

— Y déme Vd. las gracias por no haber zozobrado, como me prometia.

— Sí, sí, le doy á Vd. un millón de gracias, el lance es para ello.

Y la barca se volvió al punto de donde habia salido.

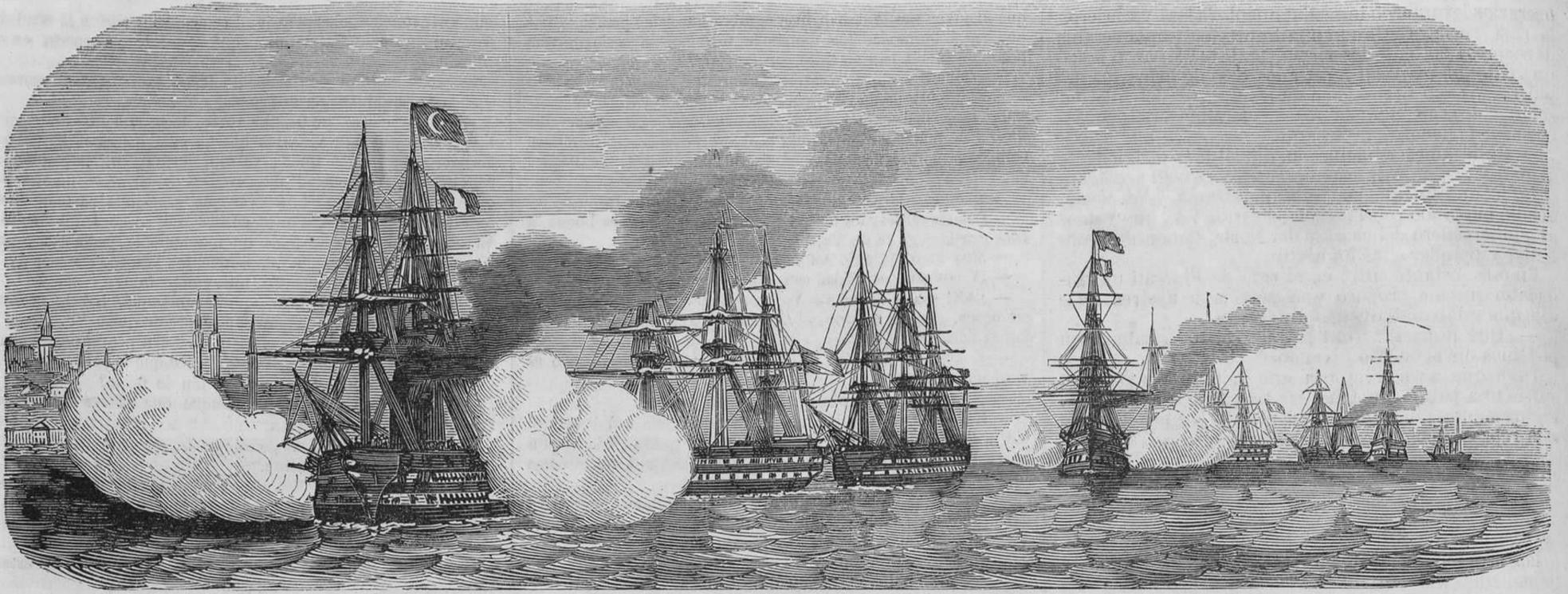
Los espectadores que habian visto de lejos los aspavientos del pobre Saturnino, y que le vieron desembarcar con todas las señales de una emoción violenta, no dudaron que habia sido víctima de un fuerte mareo; pero al otro día la escena marítima contada por Alfonso fué el asunto de todas las conversaciones, y no dejó de encontrar aplausos el medio de persuasión empleado contra el usurero.

MARIANO URRABIETA.

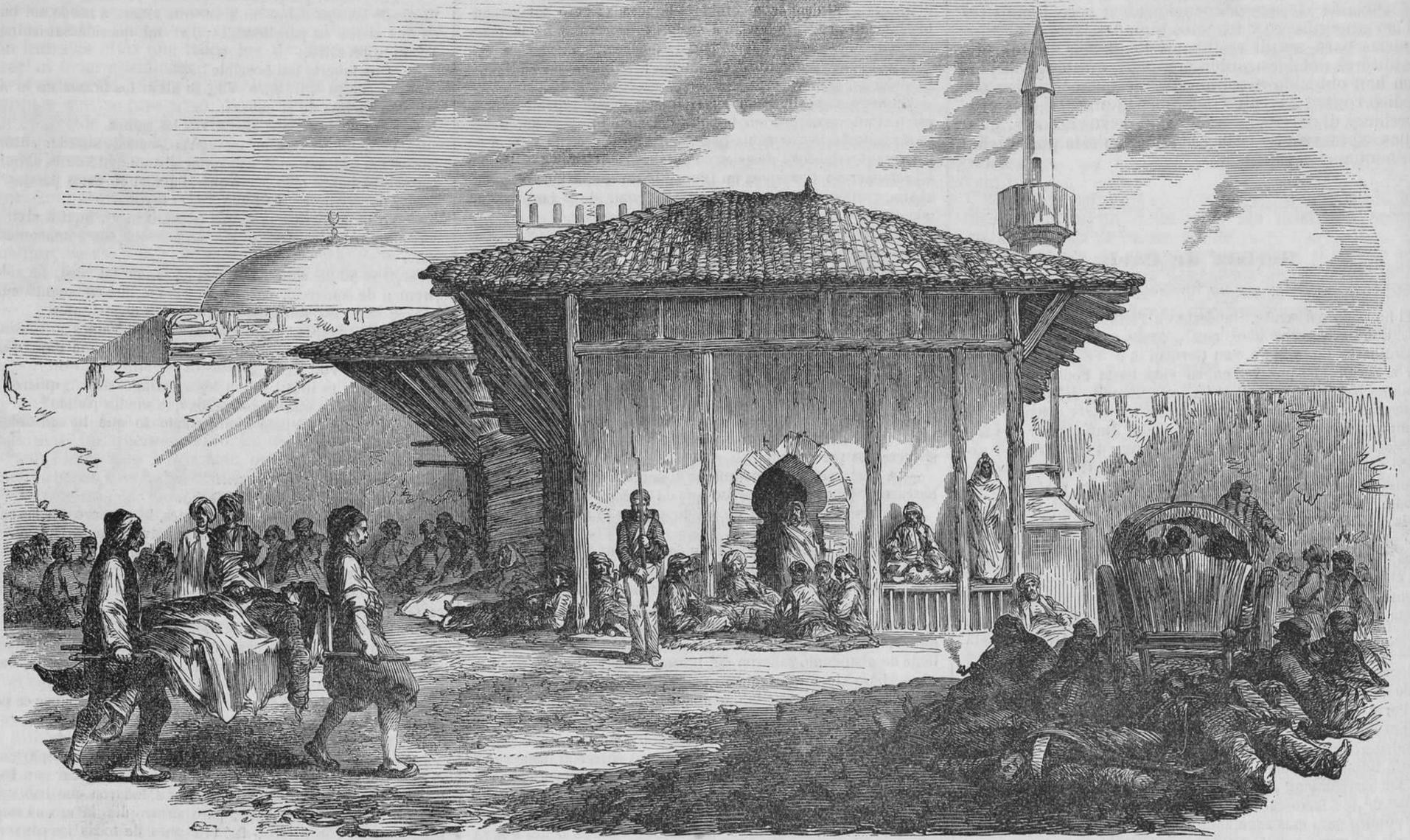
### Establecimiento chino.

En una interesante carta de Macao que tenemos á la vista, se dan curiosos pormenores sobre el establecimiento que la obra de la Santa Infancia posee en Ning-Po, en la China septentrional. Nueve hermanas de la Caridad cuidan de él, con un celo verdaderamente maternal y evangélico, á mas de cien niños, cuya edad varia entre la de la lactancia y los doce años. Otros ciento ó mas que han fallecido en el establecimiento, reposan en un cementerio que se halla á muy poca distancia, y que ha sido construido ex profeso. Además las hijas de San Vicente de Paul asisten á cuantos enfermos caben en su reducida morada, y acuden á los puntos á que son llamadas.

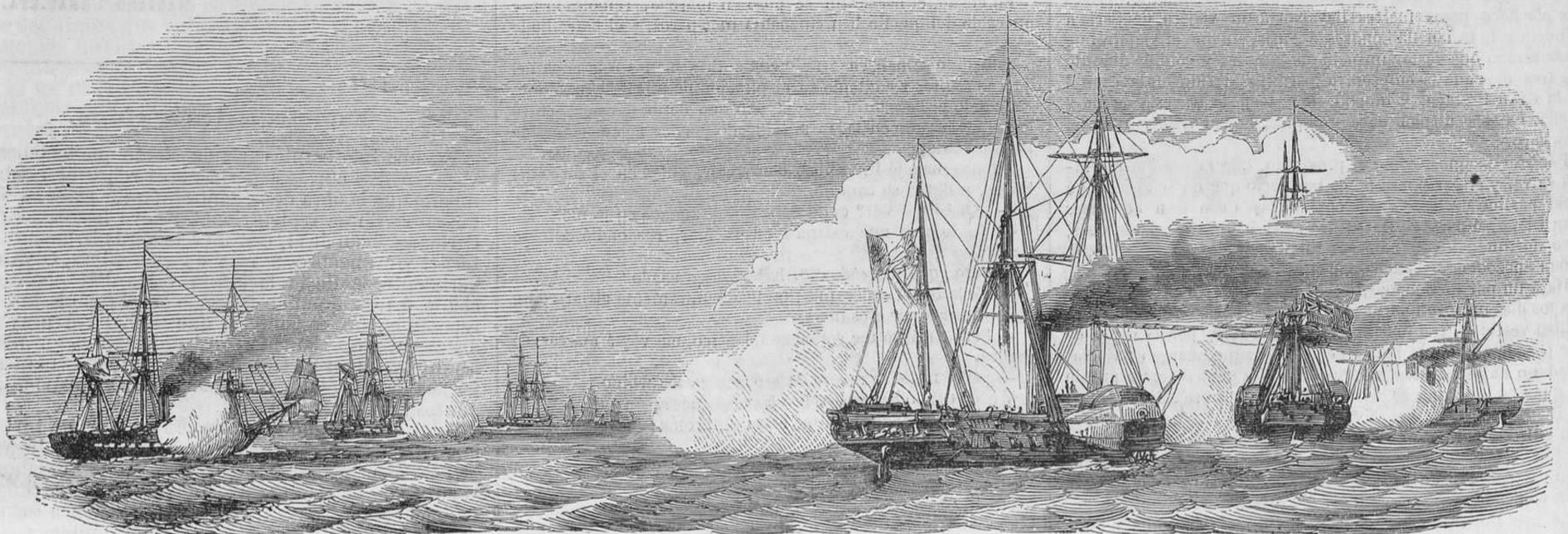
De esperar es que la asociación de la Santa Infancia, que recauda muchos miles de duros, contribuirá, con arreglo á sus estatutos, á hacer algo mas desahogada la situación de las hermanas de la Caridad de Ning-Po, haciendo extensiva tan benéfica institución á todos los puntos del Celeste Imperio en que sea posible.



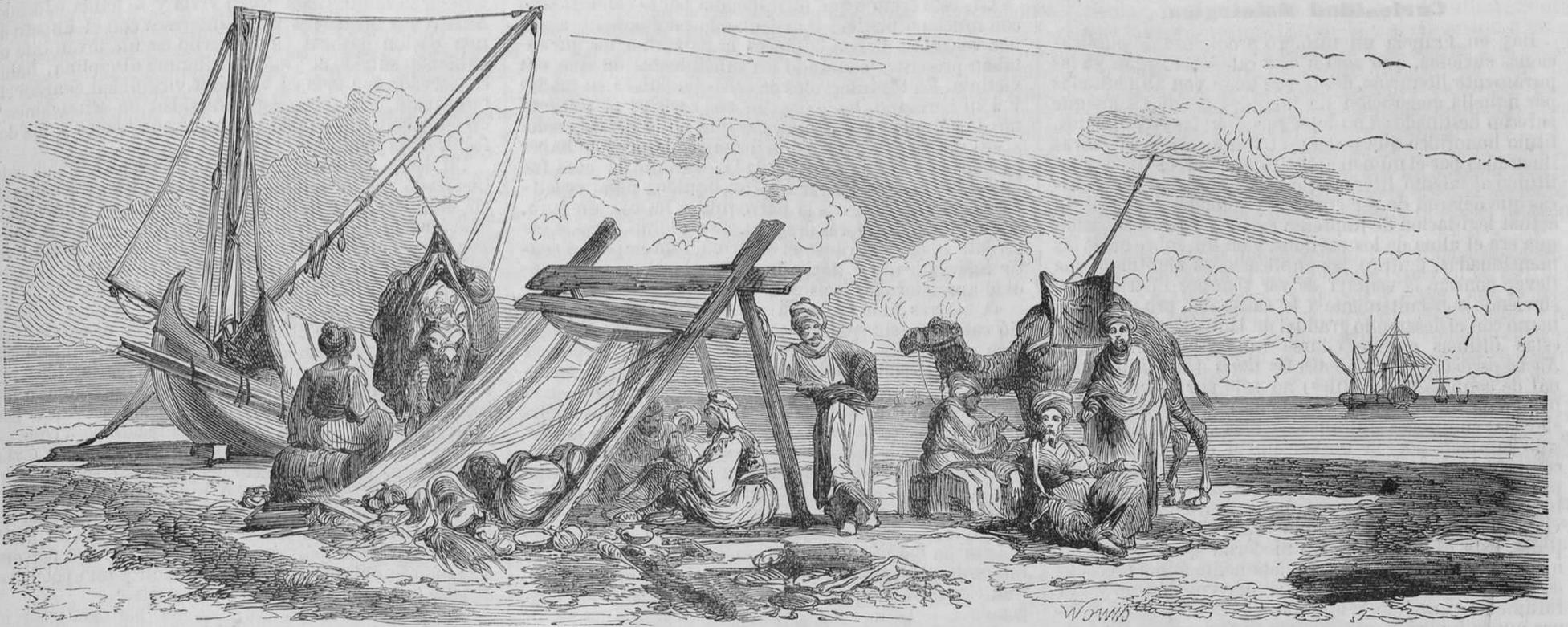
Escuadra del almirante Bruat, saliendo del Bósforo.



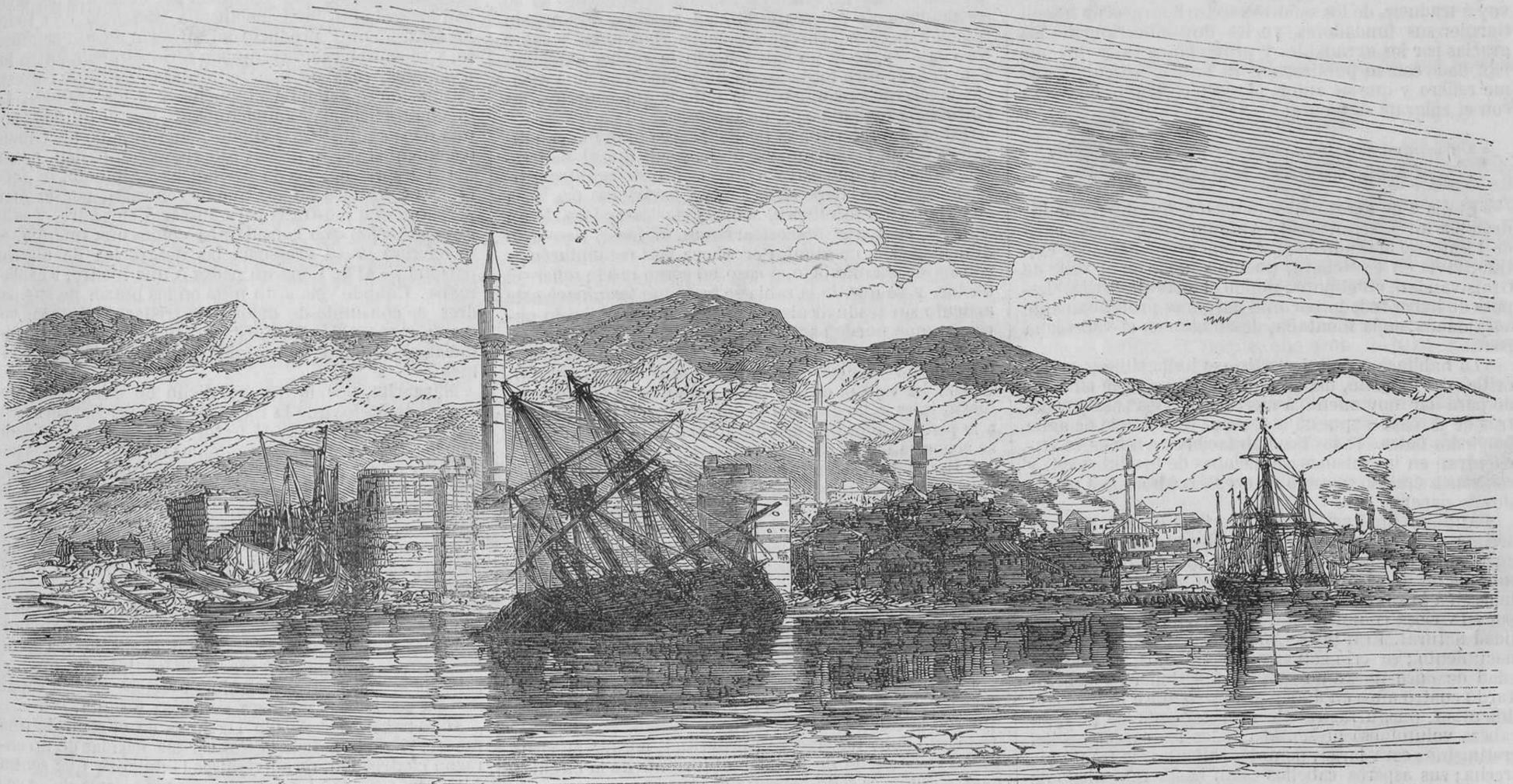
[Un destacamento turco fuera de Silistria.



Encuentro del *Descartes* y dos fragatas inglesas, contra seis fragatas rusas de vela y tres de vapor.



Soldados irregulares del ejército de Oriente acampados desde la orilla del mar á Samsun.



Samsun.



Campamento de montañeses llegados de las fronteras de la India, á Samsun.

### Curiosidad fisiológica.

Hay en Francia un número prodigioso de publicaciones curiosas, que solo á esta categoría llegan ya las puramente literarias, desde que no se ven alimentadas por aquella generacion de hombres privilegiados que parecen destinados á no dejar sucesion; las hay amenas, título honorífico que podemos tributar aun á las obras ilustradas por el número artístico que parece haber sustituido al talento literario; quedan tambien las políticas que dejaron de ser curiosas y amenas desde que la actual legislación de imprenta cortó el vuelo á la pasión que era el alma de los partidos, y en fin, sobre todas las mencionadas, figuran las publicaciones científicas que llevan consigo la ventaja de ser siempre instructivas, sirviendo constantemente á la causa del progreso humano con el desarrollo gradual de la inteligencia. Entre estas últimas merece citarse muy especialmente el *Nuevo periódico de conocimientos útiles* (Nouveau journal de connaissances utiles) no solo por la claridad y halago de su forma, pues basta decir que pone las mas elevadas cuestiones al alcance de toda clase de personas, sino tambien por la universalidad de materias que comprende, pues trata indistintamente de invenciones, procedimientos, agricultura, industria, artes y oficios, higiene, medicina casera, estadística, variedades, moral, viajes, etc., etc. constituyendo una verdadera enciclopedia. Esta es la publicación moderna que yo leo con mas gusto, porque llena completamente aquel precepto de enseñar deleitando, tantas veces recomendado y tan raramente cumplido, y aunque tal vez no lleguen á tener nunca conocimiento de estas líneas con que he creído justo encabezar el articulo que de dicho periódico voy á traducir, de los señores Narciso Bourgeois y Joseph Garnier sus fundadores, yo les doy sinceramente las gracias por los agradables y provechosos ratos que me han dado con su publicación. He aquí el artículo á que me refiero y que su autor, el doctor Niepce, encabeza con el epigrafe siguiente:

« *Curiosidad fisiológica en un cretino. — Hidrofobia.*  
— *Notable desarrollo de la inteligencia.* »

« El día 2 de agosto, dice el doctor, ha muerto de hidrofobia un joven llamado Antonio Chauvet, de edad de 17 años y afectado de cretinismo congénito. Este cretino, vivía en Poutchara, pueblo situado en el valle de Graisivandán, en el punto donde el torrente Breda, después de haber rodado por una garganta profundamente encajonada, en la montaña, desemboca en el valle de la Isère.

La habitación de este cretino se halla situada en las orillas del torrente, del cual hay un brazo que sirviendo para dar movimiento á ciertos artificios pasa por detrás de la casa expuesta al Norte, rodeándola de agua por todos lados. Todas las habitaciones vecinas se encuentran en las mismas condiciones de insalubridad, y contienen crecido número de cretinos ó hombres plagados de paperas.

Antonio Chauvet tendría la talla de un metro y treinta y dos centímetros; su padre muerto á consecuencia de una herida recibida en una pierna, lo mismo que los demás de su familia han pertenecido y pertenecen á la raza cretina, que se diferencia de las otras por su viciosa conformación tanto como por su imbecilidad natural. Era, pues, Antonio Chauvet, cretino de nacimiento; se crió con grandes trabajos, y hasta la edad de once meses no empezó á sostener su cabeza. Tardó cuatro años en andar solo, y siempre lo hizo con dificultad, pues arrastraba constantemente los pies. Su cabeza voluminosa presentaba todos los caracteres del cretinismo; cara larga, pómulos salientes, la frente estrecha; sus ásperos cabellos caían hasta mas abajo de las cejas; la nariz era larga y aplastada, los labios abultados, los dientes y muelas irregulares de los cuales solo contaba nueve en la mandíbula superior y siete en la inferior. En la segunda dentición solo le salieron cuatro dientes. Su papera era voluminosa, y no pronunciaba sino muy imperfectamente algunas palabras.

Su inteligencia, poco desenvuelta no le había permitido aprender á leer ni escribir; nunca le fué posible comprender el catecismo, y por lo tanto no había podido hacer su primera comunión. Sus cualidades afectivas carecían tambien de desarrollo, y aunque manifestaba algun cariño á su madre no tenía el menor afecto á su hermano. En fin, no había sufrido ninguna de las enfermedades de la infancia tales como el sarampión, escarlata, etc. Era cachazudo, perezoso y comía con ansia toda clase de alimentos.

Tal ha sido la existencia de este cretino hasta el 10 de mayo último en que fué mordido por un perro rabioso. Una hora después de esta ocurrencia, su madre advertida por una vecina de que su hijo había sido mordido por un perro rabioso que había mordido á otros varios perros, le condujo á casa de un boticario que se limitó á cauterizar ligeramente las heridas con algunas gotas de amoníaco.

Desde este momento hasta el 27 de julio siguiente no se observó nada de particular en el estado de Antonio Chauvet; pero en este día, como á las once de la mañana rehusó la comida y la bebida. Echóse á dormir al sol y al cabo de dos horas se le declararon todos los síntomas de la rabia.

Desde entonces con admiración de su madre y de todas las personas que le rodeaban, en cuyo número figuraban el médico y el boticario, manifestó una facilidad para expresarse de que nunca había dado semejantes pruebas.

« Así, este cretino que no respondía por lo común, sino con mucha dificultad y articulando penosamente algunos vocablos, dirigía entónces la palabra á los que estaban presentes contando los sufrimientos de que era víctima. En los intervalos de crisis llamaba á su madre y á su hermano, les daba con sus caricias el testimonio de su amor y les suplicaba que no le dejaran solo.

« El día 28 á las seis de la mañana, después de haber pasado una noche muy agitada, durante la cual fué imposible hacerle tragar ningun líquido, pidió repetidas veces que fuesen á la parroquia á buscar un cura, el cual llegó dos horas después. Tan pronto como el sacerdote se presentó ante el enfermo, este empezó á sentir amargamente y llorar la desgracia de no haber podido aprender el catecismo.

« A las tres de la tarde, la violencia de las crisis pareció calmarse sin que durante este lúcido intervalo, ó bien sea de este abatimiento de sus fuerzas, mostrase mayor desarrollo intelectual. El 29, á eso de la media noche, volvieron las crisis y con ellas la lucidez de la inteligencia. Dirigía frecuentes preguntas á los hombres encargados de cuidarle, suplicándoles que apagasen la luz que le causaba violentos dolores en la cabeza, y declarándoles que nada debían temer porque estaba seguro de no morderlos. En efecto, desde los primeros síntomas de la enfermedad hasta la muerte, nunca manifestó la intención de morder. Los días 30 y 31 de julio se pasaron del mismo modo, repitiéndose las crisis por intervalos, acompañadas de vivos dolores, como los sufren todos los hidrófobos y conservando la razón despejada.

« El 1.º de agosto, hacia las 7 de la mañana sobrevino un fuerte delirio, durante el cual el enfermo habló frecuentemente y con volubilidad, citando, aunque sin hilación hechos ocurridos muchos años ántes y sobre los cuales parecía no haber fijado la menor atención. Este delirio duró hasta la noche y fué como una especie de letargo precursor de la muerte que ocurrió á las cinco de la mañana del 2 de agosto. »

Tal es el hecho que el doctor Niepce presenta con razón como un fenómeno, sin embargo de que el desarrollo intelectual que es todo lo que ofrece de extraordinario este caso, tiene en la misma excitación orgánica su explicación fisiológica, sobre todo tratándose de un imbecil, cosa que demostraríamos, si fuese necesario dilucidar esta cuestión. Por ahora nos contentaremos con haber manifestado el caso tal como nos lo refiere el doctor, y ya que de la rabia se trata, no terminaré este artículo sin traducir algunos párrafos del indicado periódico que pueden servir de lección á las personas fascinadas por el charlatanismo de algunos empíricos que hablan de remedios eficaces para curar esta terrible dolencia. La verdad es que hasta ahora no se han descubierto tales remedios y que lo único que puede salvar á la persona mordida por un animal rabioso, es lo que se aconseja en los siguientes párrafos:

« Después de la mordedura de un animal rabioso, no debe vacilarse en estirpar la parte mordida, sea amputando en su totalidad el órgano, sea levantando la carne donde la herida ha tenido lugar.

« Cuando esta operación no puede practicarse es necesario cauterizar la mordedura con un hierro candente, y si no pudiera emplearse el fuego se hará la cauterización por medio de un líquido corrosivo, tal como el ácido nítrico, el amoníaco, etc. En caso necesario se prolongará la herida, abriéndola con un instrumento cortante.

« Mientras se hacen los preparativos para el cauterio debe lavarse y desangrarse la herida oprimiéndola para que con la sangre salga el virus depositado en la carne. Todo esto debe hacerse con prontitud, porque el virus pasa rápidamente de la llaga al torrente de la circulación, y entónces todo remedio es inútil. »

Tales son los consejos de la ciencia; por mi parte solo tengo una cosa que añadir á la receta espantosa que acabo de copiar, y es que el medio mas seguro de no rabiar es el de no dejarse morder.

J. M. VILLER GAS.

### MARGARITA PUSTERLA.

(Continuación.)

Precisamente era nuestro Alpinolo. Ottorino se proponía hacerlo escudero, y mientras llegaba á la edad conveniente para esto, ponerlo de paje al lado de su mujer Bice. Pero ¡ay! de vuelta á su patria supo que Bice le había hecho traición, y que se había ido al castillo de Dosate para vivir en él con su primo Marco Visconti. Este, satisfecho ó celoso poco tiempo después, le precipitó de una ventana al foso del castillo, reservándose el derecho de llorarla amargamente una vez muerta. Ottorino sintió esta infidelidad como un alma generosa que se ve vendida por una persona amada. Trató de olvidar su infortunio con la guerra ó los viajes, pero hay heridas que resisten á la mano, no siempre dura ni injuriosa del tiempo. Su desesperación lo llevó al sepulcro en la flor de su edad, y en 1336 fué sepultado junto á su padre Uberto Visconti.

Dejó á Alpinolo con Margarita, su consoladora en su cruel situación, recomendándoselo con mucha eficacia. Por eso creció el joven junto á ella, y pasó con su señora á la casa de Pusterla, donde Franciscolo lo tomó para escudero. Dotado de una alma tierna, y no pudiendo poner su cariño en sus parientes, lo depositó en-

tero en la familia con quien vivía y se había educado. Amaba sus miembros y sus intereses con el ímpetu de una pasión natural en el pecho de un joven que no habiendo sufrido el yugo de ninguna disciplina, había conservado con toda su vigorosa virginidad el ardor, la irreflexión, esa extremada necesidad de sensaciones y de felicidad, que constituyen las cualidades y los defectos de la juventud.

Un deseo, un ardiente amor de libertad le había sido inspirado por su señor y la sociedad que frecuentaba en Milan, compuesta de jóvenes, amigos de la novedad, ó de ancianos, que lamentaban la pérdida de las antiguas libertades, y despreciaban la nueva esclavitud. Se dice que los hombres de humilde origen, cuando llegan á encumbrarse, procuran hacer olvidar su punto de partida; Alpinolo quería tambien olvidar y hacer olvidar á los demás que no tenía padres ni patria, por un exceso de afición á su patria adoptiva. Ningun sacrificio le hubiera parecido costoso á su inalterable é intenso propósito de servir á la república milanesa, á los hijos de Uberto Visconti y á Pusterla; sacrificar por estos objetos su vida, le hubiera parecido poca cosa.

Esos caracteres que apasionados por una idea ó por una persona olvidan el resto del universo, son raros en el día, en esta sociedad cuyo nivel iguala y suaviza las asperezas de la superficie, como pule los guijarros el agua del torrente. ¿Es esto un bien? ¿es un mal? Pregúntese si la pólvora es buena ó mala, la pólvora que bien empleada es una protección y una potencia, al paso que usada sin tino es la muerte.

Unase á esta naturaleza violenta, pero generosa, la frescura de un alma de diez y siete años, una gracia pronunciada, aunque reprimida por el hábito de vivir con los grandes, una melancolía mezclada con todos los sentimientos, producto del misterio de su nacimiento, y se concebirá que estimado seria Alpinolo entre los milaneses, raza de una naturaleza exquisita: y esta estimación se extendía al pueblo y á los grandes. La misma oscuridad de su nacimiento, que el mundo, por una de sus injusticias, imputa generalmente al crimen, ó contempla por lo ménos con altiva compasión, próxima al desprecio, lejos de perjudicar á Alpinolo, le daba interés á los ojos de los que lo conocían, por el afán perpetuo que mostraba para buscar á su padre, y salir de la situación que consideraba como una infamia. Si se referían en su presencia las desgracias de alguna persona: « Al fin tiene un padre ó una madre, » exclamaba. Cuando veía á un niño en los brazos de sus padres, se consumía de dolor y de tristeza. ¿Cuántas veces lo sorprendió Margarita acariciando á Venturino melancólicamente, y tratando de reprimir sus lágrimas!

Margarita, por lo que va dicho de ella, inspiraba amor á todos los que la rodeaban. Por poca experiencia del mundo que tenga, el lector debe haber observado que los que no se hallan contentos con los hombres ponen sus miras en las mujeres con entusiasmo y abnegación, seguros de encontrar en ellas el desinterés y la ternura que falta á los hombres, ó que se ven ahogados por el amor propio ó el tumulto de los negocios.

Así, Alpinolo había concentrado en Margarita el afecto que tuvo á Uberto y á Ottorino durante su vida; afecto que no se parecía al sentimiento que une comunmente á los dos sexos, sino que era una especie de culto propio para destruir todas las maniobras de la vanidad, todas las esperanzas de la pasión. La consideraba como una estrella luminosa en medio de las tinieblas universales de la sociedad, y no hubiera podido creerla capaz de una acción que no fuera generosa y santa.

Si no habiese derramado lágrimas en el seno de una madre, si no le habiese hecho ver las heridas de un corazón contristado, no adivinaréis la dulzura que sentía Alpinolo en esas horas en que, sentado cerca de su señora, le revelaba sus angustias con el afecto de un hermano y el respeto de un vasallo. Los hombres se hubieran sonreído desdeñosamente como de una debilidad, de una niñería, de una exageración sentimental; pero él hallaba eco y simpatías en Margarita, y algunas palabras de esas que pueden barrer las nubes del corazón y restituirle la serenidad.

El año que precedió á aquel en que comienza nuestra narración, los Visconti se habían visto expuestos á ser desposeídos de su señoría. Lodrisio Visconti, sobrino del gran Mateo, irritado de verse excluido de la señoría, trató de promover un cambio, y confiando en el número crecido de los malcontentos, en las promesas de algunos vecinos, en su propia audacia y en la fortuna, levantó contra Azzone una banda de mercenarios. Esta fuerza, compuesta de alemanes y capitaneada por Mallerba, fué titulada la compañía de San Jorge. Ella fué la primera de todas las bandas que hicieron después un oficio del valor militar, y que tan terribles contra sus amigos como contra sus enemigos, devastaron la desgraciada Italia por espacio de dos siglos.

En presencia de este inminente peligro, todos los milaneses tomaron las armas. Aunque no tuviesen gran motivo para estar contentos con el yugo de sus señores, tenían bastante talento para no creer en las promesas de libertad que Lodrisio quería ofrecerles violentamente, ni que una banda de mercenarios aventureros viniera á país extraño á revindicar los fueros de la justicia.

Lodrisio pasó el Adda por Rivolta, penetró en el condado de Seprio, cuyo señorío reclamaba, y asentó sus reales en Leguano. Los milaneses le salieron al encuentro con tres mil quinientos ginétes, dos mil ballesteros, catorce mil infantes, lo cual constituía un ejército considerable para tan pequeño estado. Luchino, que no

era príncipe todavía, lo mandaba. Colocó la vanguardia en Parabiago, el centro en Nerviano y en Ro la retaguardia; pero sorprendido en la madrugada del 21 de febrero (día de santa Inés) en medio de una copiosa nevada, fué hecho prisionero y atado á un árbol mientras se decidía la acción.

Alpinolo, que combatía detrás de Francisco Pusterla, vió á Luchino en esta posición desesperada. Avisó en seguida á los caballeros más valientes del ejército, y con ellos renovó la pelea, y redoblando sus esfuerzos, llegaron á libertar á su capitán. Si no fuera propio de la historia atribuir las acciones heroicas á los personajes ilustres, ella hubiera dicho que Alpinolo había ejecutado el primer papel en este drama. Él hizo prodigios, llegó el primero hasta Visconti, cortó las ligaduras que lo sujetaban, lo puso á caballo, y dándole una maza de armas, volvió con él á dar cara á los enemigos. Estos, al cabo de un combate cinco veces renovado, huyeron en completa derrota, dejando prisionero á Lodrisio, que fué encerrado en el calabozo de San Colombano, donde permaneció muchos años.

Esta batalla es la de Parabiago, tan célebre entre los milaneses, y de la cual se cuenta que san Ambrosio apareció en el aire con un gigantesco látigo en la mano, con el cual azotaba á los mercenarios. En memoria de aquella jornada se edificó una iglesia en el sitio mismo en que Luchino había sido libertado. Se dispuso que el día de su aniversario se celebraría una función solemne, á la que asistirían los doce señores de los abastos, los cuales harían una ofrenda en nombre de la municipalidad, y oírían una misa especial, cuyo prefacio contenía imprecaciones contra los mercenarios. Esta ceremonia se observó hasta la época de san Carlos Borromeo, que la redujo á una sencilla visita á la basílica de San Ambrosio dentro de la ciudad.

Grandes funciones y juegos se ejecutaron con tal motivo. Azone fué á Parabiago con mucho séquito, y armó caballeros á los que se habían distinguido en la batalla. Un heraldo de armas llamaba á los bravos por sus nombres, por los títulos de sus familias y los de sus padres; si no había tacha, decía, «ven y acércate á recibir este cinturón militar, de que la patria y los caballeros te juzgan digno. Presentábase uno á uno ante Azone que recibía su homenaje, les daba el espaldarazo, les presentaba la espada y se la ceñía con el cinturón caballeresco, mientras dos caballeros les ponían las espuelas de oro. Después de muchos nombres que omitimos por no ser prolijos, se llamó al genovés Giovanni del Fiesco, hermano de Isabel, mujer de Luchino; pero solo se pudo honrar su cadáver, tendido en un rico lecho, revestido con toda su armadura, tal, en fin, como había caído combatiendo al lado de su cuñado.

Por último se proclamó á Alpinolo. Pero cuando se preguntó quien era su padre, cual su alcurnia, nadie pudo responder, y él mismo apareció confundido como con un recuerdo ignominioso. Y como no pudo probar que no descendía de un tronco infame, no fué admitido en el rango de los caballeros. Dejamos que se adivine lo que sufrió su corazón; le pareció que la tiranía más grosera podía solo atender al nacimiento en vez de mirar al mérito personal. Comparábase á los nuevos caballeros, particularmente al mercenario Melik, y desde aquel día se acrecentó su odio á los Visconti y su deseo de conocer á su padre. Semejante á las doncellas involuntarias, después de una serie de esperanzas defraudadas, su fibra se había irritado contra la sociedad, mal arreglada en su concepto, y ambicionaba cada vez más nuevos peligros y nuevas ilusiones.

Casi en todas las casas de Milan había un pórtico para poder tomar el aire, hablar con los amigos, criticar al vecino, según lo permitía la vida exterior de la época, como se acostumbra hoy en algunas partes encerrarse en su casa siendo á la vez centro y circunferencia de sus actos. De aquellos sitios de reunión, llamados *coperti* (1) solo queda el de Fugini, cerca de la plaza del Domo.

En uno de estos pórticos conversaba Alpinolo con el calor de costumbre, cuando se le acercó un tal Mendozzo Basabelleta, de humor satírico, burlón, ardiente partidario del pueblo. No sé si por amor del bien, ó por envidia, se había hecho averiguador maligno de la conducta de los nobles, de los ricos y de los magistrados.

Saludó al joven y golpeándole el hombro: «¡Eh! le dijo, esa perla de todas las mujeres, esa copa de oro sobrelleva bien la ausencia de su marido, recibiendo las visitas de Luchino.»

Quien hubiera presenciado el furor de Alpinolo lo hubiera comparado á un basilisco. Encendido como la grana y echando centellas por los ojos: «¡Mientes, desvergonzado hablador!» le gritó con los cabellos en desorden: y requiriendo la espada iba á arrancar la vida al indiscreto. Los circunstantes ayudaron á este á librarse de las manos de su adversario, en tanto que calmaron el enojo de Alpinolo. Sin embargo, jurando que se vengaría, con los puños cerrados y rechinando los dientes, se volvió á casa de Pusterla, montó en un caballo y salió á galope. Pronto llegó á la puerta de Como, que traspasó siguiendo el camino de Bosio, donde encontró la partida de Luchino, que venía de Montebello.

Al principio no creía en sus ojos, tan grave era el sentimiento de reconocer la verdad de una noticia que había desmentido con tanta arrogancia. Mas desesperado que nunca, clavó sus espuelas en los hijares del bridon, y lo lanzó por un campo de trigo para evitar

el encuentro de la aborrecida partida. En aquel punto lo vió el bufon; pero este no pudo oír las imprecaciones que Alpinolo lanzaba contra ellos.

Así llegó cruzando campos hasta Montebello. En medio del patio se apeó, y sin reparar en su descompuerto y polvoroso traje se presentó ante Margarita. Nunca había él osado quebrantar así la etiqueta; pero también era esta la primera vez que se acercaba á ella con otro movimiento que el de la veneración. Mas al suave aspecto de la castellana, todavía turbada con la visita que acababa de recibir, desapareció la indignación de Alpinolo, se desvaneció toda sospecha, y se echó en cara á sí mismo la facilidad con que había sospechado de la pureza de aquel ángel. Bajó, pues, los ojos, como si no los hubiera creído dignos de fijarlos en ella, y solo pudo decirle estas palabras: «¿Luchino está todavía aquí?»

Margarita, con la dignidad de la virtud inaccesible á la injuria, levantó la cabeza, y con acento de dulce reconvencción exclamó: «Cualquiera podía hacerme esa pregunta, pero no la esperaba de tí, Alpinolo.»

Este suspiró y se arrojó á los pies de Margarita pidiéndole perdón. Refirió sus dudas, oyó las explicaciones de su señora, y la conclusión fué que iría á prevenir á Buonvicino. Al día siguiente estaba el fraile en casa de Margarita, aconsejándole que volviera á la ciudad. Ella adoptó el consejo, y se encerró en su palacio para ocultarse en él hasta la vuelta de su marido.

Entretanto Luchino volvió á la carga, lleno de insolente confianza. Se acerca á Montebello; el silencio reina dentro de sus muros; las ventanas están cerradas; en las torres no flota ninguna bandera. Las sospechas penetran en el corazón de Luchino; y Grillincervello se echó á reír. Se adelanta con su pollino, y vuelve diciendo: «La puerta está cerrada; cara de madera.» Pero no obstante fueron á la granja y preguntaron por la señora de Pusterla.

— Ha partido, dijo el granjero.  
— ¿Cuándo?  
— Ayer, señor.  
— ¿Adónde ha ido?  
— Las acciones de mis señores no son nunca de mi incumbencia.  
— ¿No debía de permanecer aquí muchos días?  
— Y meses, señor.  
— ¿Cuál es pues la causa de tan súbita resolución?  
— No lo sé, señor. Mi deber único es la obediencia.

Le convenía á Luchino que nadie se apercibiera de la injuria recibida; por esa razón hizo como que se alegraba, y dió á entender que era cosa convenida con Margarita. Pero la necesidad de fingir atizó el fuego de su cólera, y juró vengar lo que calificaba de ultraje. El bufon y Ramengo lo estimulaban, aquel con sus chanzonetas, este porque odiaba Margarita, y se complacía con la esperanza de provocar una tempestad contra aquella inocente cabeza. Su esperanza no fué defraudada. El amor, mejor dicho, el capricho voluptuoso de Luchino se cambió, viéndose burlado, en enojo áspero, y se propuso perder á la desgraciada. No faltan ocasiones al poderoso para hacer mal á su enemigo, y muchas veces las mismas víctimas se ofrecen por sí mismas, ó son llevadas al altar del sacrificio por sus propios amigos. Esto sucedió en el caso presente.

Alpinolo, con la impetuosidad que le era natural, no se limitó á cumplir el encargo de Margarita. Esta le había prohibido participar á su marido la injuria que ella sola podía rechazar, al paso que conocía que Pusterla no era bastante grande para soportarla como hombre, ni bastante poderoso para lavarla por medio de un justo castigo. La prudencia le había enseñado á no revelar los males irremediables; Alpinolo, por el contrario, creía que descubrir la llaga era curarla. Apenas envió á Buonvicino al lado de Margarita, tomó el camino de Verona.

Cuando llegó allí, presenció la penitencia pública que cumplía Mastino della Scala, señor de la ciudad. Excomulgado por el papa por haber degollado en las calles de Verona al obispo Bartolomé della Scala. Mastino había querido burlarse del anatema de la Santa Sede, pero sintiendo sus funestas consecuencias, resolvió expiar su crimen y volver al seno de la Iglesia.

Una vez reconciliado con el papa, Mastino rechazaba un tratado con Luchino Visconti, quien por su parte tampoco lo deseaba. Este había enviado á Pusterla á Verona, únicamente por alejarlo de su esposa, y porque creía que su embajador, poco amigo de su persona, dilataría el negocio, y no concluiría la alianza de los Scala y los Visconti.

Las negociaciones se hallaban en este punto, cuando Alpinolo se presentó á Pusterla. La ambición y el deseo de complacer á su señor habían inducido á este á secundar los designios de Luchino. No hay cosa más cruel que la ingratitud de aquellos á quienes se ha servido á expensas de la equidad. Francisco lo experimentó; y tanto más exasperado contra el príncipe, cuanto más dispuesto estaba en favor suyo, descubriendo una nueva afrenta en lo que había considerado como una reparación á las pasadas, resolvió abandonar el puesto que ocupaba. Tomó, pues, el camino de Milan, lleno de negras ideas, y con la esperanza, no solo de evitar el peligro, sino también con el de vengar la injuria recibida.

#### Efecto de los anteojos.

Pues señores, Vds. han de saber que yo tengo un vecino, que este vecino se llama Roque, y es chocho por

sus hijos, cosa que antiguamente no tenía nada de particular, pero que ya va siendo prenda estimable desde que tantas personas miran con predilección á los gatos, á los perros, ó á los monos. Mi vecino está casado, sin lo cual no sería bien visto que quisiera á sus hijos y la señora le había proporcionado el cuádruple placer de enloquecerse con cuatro hembras, redundancia que alguna vez le inspiraba á tener varones.

Hallábase en cinta la esposa de mi vecino, y ella, y él y todos anhelaban que resultase un angelote que perpetuara el apellido de la familia: la crisis se acercaba... pasó, pasó el tiempo... y cosa clara ¡llegó el momento fatal!

Hacia ya días que le andaba rondando á la esposa de Roque la voluntad de ser madre; pero mi vecino, hombre de gran cachaza, y de esos que por nada se apesadumbran, no perdía el sueño ni menos el apetito, y hasta la noche crítica dormido se quedó como un cachorro, porque el heredero de su nombre tardaba en venir al mundo. A media noche rompió la nube, y una amiga que velaba á la enferma, temerosa de que no viniese el comadron aprisa como era necesario, mandó llamar á una partera que con tanta exactitud quiso acudir, que por no encontrar sus anteojos tomó los de su huésped, que estaban sobre la mesa.

Mi vecino ronca que roncarás, y su señora chilla que chillarás sobre que si el chico nace ó no nace. Nació por fin, y la partera le tomó en brazos exclamando: ¡Es un muchacho!

Con tan feliz noticia corrió la amiga á la cama de mi vecino, que dormía como un bendito, y que se despertó al cabo á fuerza de pellizcos y empujones.

— Qué, ¡qué es eso! preguntó Roque estregándose los ojos.

— Ha parido...  
— ¡Oh!  
— Venga Vd. á darle un beso... es un muchacho como un carnero...  
— ¡Ah! ¿de veras?  
— ¡Toma! como unas mantecas.  
— Voy, voy.

Se marchó la amiga, mi vecino dió media vuelta, y pensando en su buena estrella se echó sobre la almohada y se durmió otra vez soñando con su muchacho.

Entretanto la pobre señora seguía padeciendo, y todas las señales eran de que aun iba á ser más madre, con efecto á los pocos minutos cálate en campaña otra criatura que recogió y arrojó la amiga.

— Es una niña preciosa, dijo, y corriendo otra vez al cuarto del papá, que roncaba sin piedad, le despertó.  
— Vamos, D. Roque, que acaba de parir la señora.  
— Sí, sí, ya me acuerdo...  
— Teneis una niña como unas flores.  
— ¿Eh? eh, dijo el vecino incorporándose y limpiándose los ojos; ¿qué es lo que dice Vd?  
— Que su señora ha dado á luz una niña como un ángel.

— Pues yo estaba creído de que era un muchacho.  
— Vamos, arriba pronto.  
Y tomó el tole para dejar al otro espacio para vestirse, pero el vecino se tombó otra vez, vencido del sueño.

— ¡Voto á!... yo he soñado que tenía un muchacho, ¡qué lástima!

Es el caso que se volvió á dormir, y el caso es también que su señora, modelo de fecundidad, no se contentó con dos retoños, sino que á poco tiempo echó el tercero que recibió la comadrona en sus brazos, exclamando: ¡otro muchacho!

La officiosa amiga se encaminó en seguida al aposento del buen Roque, y despertándole con enojo:

— Vamos, perezoso, dijo, venga Vd. á dar la enhorabuena á su esposa.

— Sí, sí, iba ya...  
— Se ha concluido... ¡Qué muchacho tan rollizo!  
— ¡Cómo! ó yo estoy lelo, ó unas veces oigo que es un muchacho, otras que es una muchacha... ¿En qué quedamos?

— ¡Levántese Vd. y lo verá!  
Un esfuerzo heroico hizo mi vecino y se levantó: pasó á la alcoba de su cara esposa y encontró... tres criaturas aviadas, envueltas y fajadas. Este espectáculo le dejó atónito, no entraba en sus cálculos una multiplicación tan rápida, pero cuando oyó decir que eran dos niños y una niña... del mal el menos, el deseo ahogó la triste perspectiva de tres boquitas más que alimentar.

Al amanecer todo el barrio sabía la noticia, y los parientes acudieron á felicitar á Roque que tenía ya bautizados á sus vástagos con los nombres de Aquiles y de César.

Vino luego el comadron y quiso cerciorarse de si eran bien conformados los recién nacidos, desnudólos... todos se abalanzan á besarlos... ¡oh sorpresa! ¡eran todas hembras!

— ¡Tres muchachas! exclamó mi vecino, ¿pues no me habían Vds. dicho que dos eran varones? A ver, señores, ¿qué es esto? ¿se juega limpio?

— No comprendo este enigma, dijo la comadre, si yo vi clara y distintamente.

Se volvió á calar los anteojos de su huésped, miró primero á las recién nacidas, luego á los ojos postizos... ¡Ira de Dios! ¿cómo había de ver si los anteojos no tenían vidrios?

PAUL DE KOCK.

(1) Cobertizo ó cubierto.

Fortificaciones de Sebastopol.

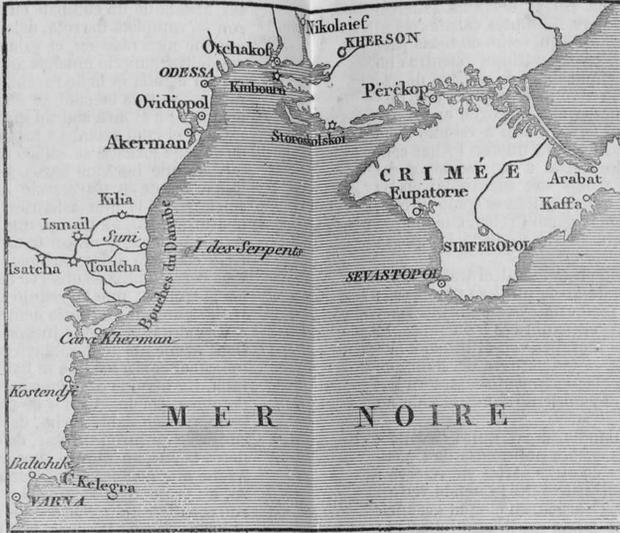
La ciudad de Sebastopol está construida sobre un suelo arcilloso, cuyo desnivel varia entre 10 y 63 metros sobre el nivel del mar. La bahía está admirablemente defendida por estas alturas que terminan en una cuesta escarpada. Desde tierra, á cierta distancia, no se ven las puntas de los mástiles mas elevados de los buques que se hallan anclados en la rada. El almirantazgo, el arsenal y otros buques de la marina ocupan la parte inferior de la ciudad, que sube en anfiteatro, y se ve cerrada en un recinto fortificado.

Las casamatas son espacios abovedados de piedra ó ladrillo para cubrir la artillería y alojar las tropas. Hállanse formadas generalmente en la espesura de las murallas y á prueba de bomba. Los bastiones y muros son designados con este nombre de casamatas cuando están contruidos de modo que abriguen los cañones, en vez de dejarlos descubiertos. La Iglesia Griega y la plaza del Mercado están situados en la parte superior de la ciudad. El hospital de la marina, los almacenes y los diferentes cuarteles de la guarnicion forman por el lado opuesto al Almirantazgo una especie de arrabal.

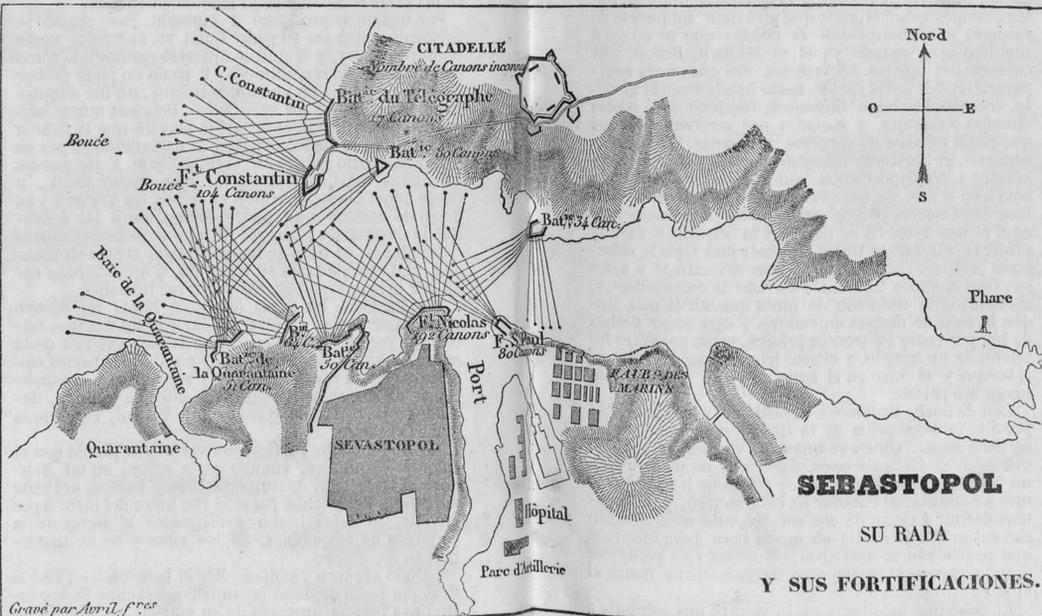
Sebastopol tiene unos 4,600 metros de longitud y 400 de anchura. Su poblacion, comprendiendo los servicios de mar y tierra, se evalúa en 40,000 almas. Esta ciudad no es, propiamente hablando, mas que una inmensa guarnicion. El puerto, parecido al de Malta, es su par-

te principal. El magnifico brazo de mar sobre el que se asienta la ciudad, sirviendo de refugio á la flota rusa del mar Negro, ha sido objeto de considerables trabajos que han absorbido muchos tesoros. Este brazo, que tiene tres millas y media de largo sobre tres cuartos de ancho en su desembocadura, se ensancha remontando hasta una milla de abertura, y se estrecha luego á su extremo en el que apenas hay unos 600 á 700 metros. La entrada del puerto está defendida por dos formidables baterías colocadas á la extremidad de dos puntas de tierra que forman la bahía. Al Norte de esta, á una milla de distancia, está situado el puerto militar en un brazo pequeño que corre al Sud-Oeste. Este canal está atravesado por un ancon que defiende á los buques en tiempos normales. Al otro lado de la ciudad, en la bahía del arsenal, otro ancon sirve para la carena de los buques de guerra.

Visto desde la entrada, el puerto de Sebastopol presenta un aspecto formidable. Partiendo del cabo Constantino, al Nord-Este, el sistema general de defensa se compone de baterías fijas y otras obras, á saber: una primera batería de 17 cañones á barbata, debajo del Bastion del pabellon al Nord-Este. El fuerte Constantino de 104; otras dos baterías de mampostería de 75 y 34 cañones. La flota rusa que está entre estas dos baterías y el fuerte San Nicolás, que domina por la izquierda la entrada del puerto con 192 bocas de fuego, tiene, segun recientes informes, cerca de 700 piezas de artillería. El fuerte Alejandro, que defiende



Situacion de Sebastopol en el mar Negro.



SU RADA Y SUS FORTIFICACIONES.

Rada, fortificaciones é indicacion de los fuegos cruzados de Sebastopol.

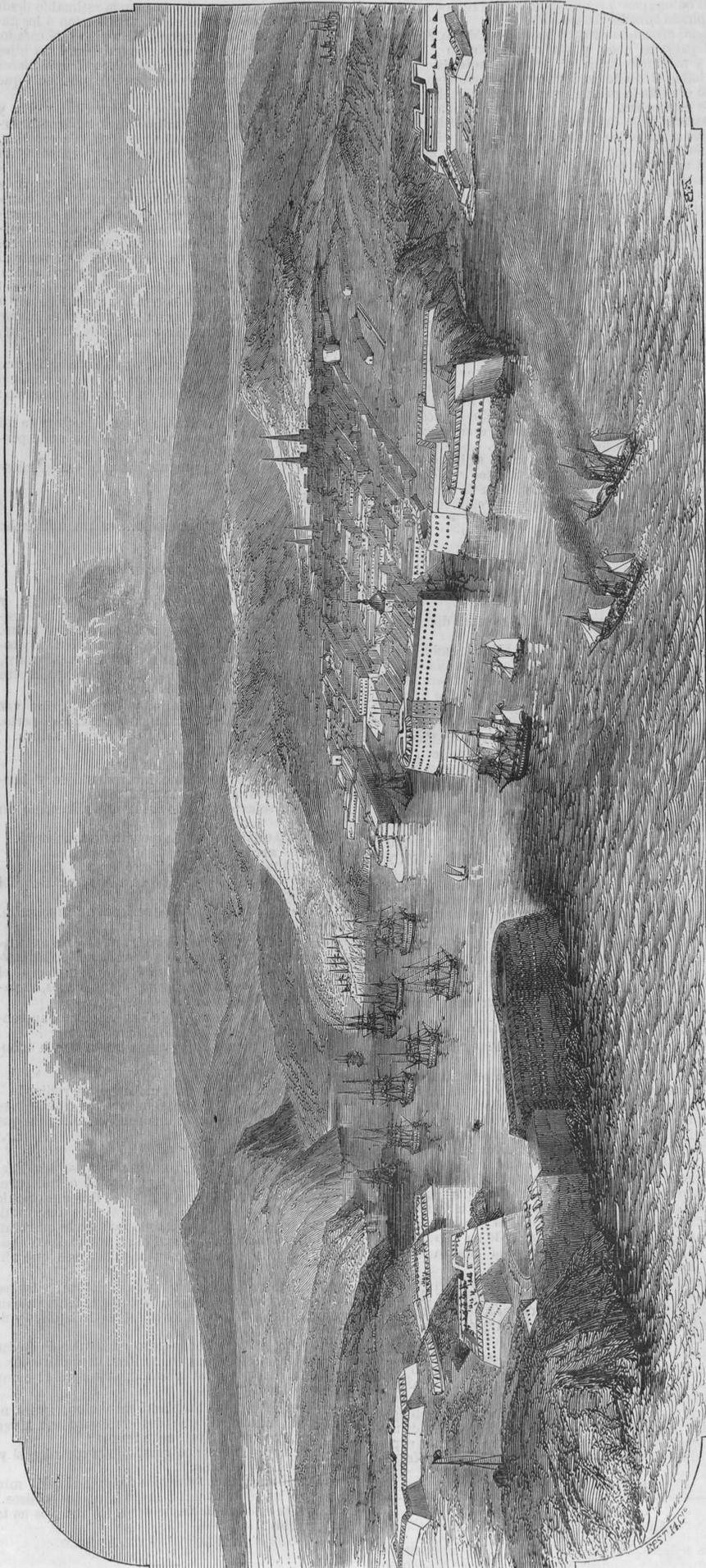
por la derecha la entrada del fuerte, está guarnecido con 84 cañones. En seguida hay una batería de 114 cañones, 64 de ellos á barbata, y por fin la batería de la Cuarentena con 31 cañones á barbata. El conjunto de esta fortificacion presenta una fuerza de 1371 cañones; pero teniendo en cuenta las baterías volantes, se pueden evaluar en 2000 las piezas de artillería que defienden á Sebastopol.

El sistema de casamatas se ha empleado en las baterías, y en esto consiste lo notable de las fortificaciones de esta plaza. Pero contruidas al parecer con piedra blanda, su solidez es puesta en duda por los ingenieros militares. En 175 millones de francos se calcula el coste de estas fortificaciones. Añadiendo á esta suma el precio de otras obras públicas, el gasto total se eleva á 500 millones de francos invertidos en el puerto de Sebastopol.

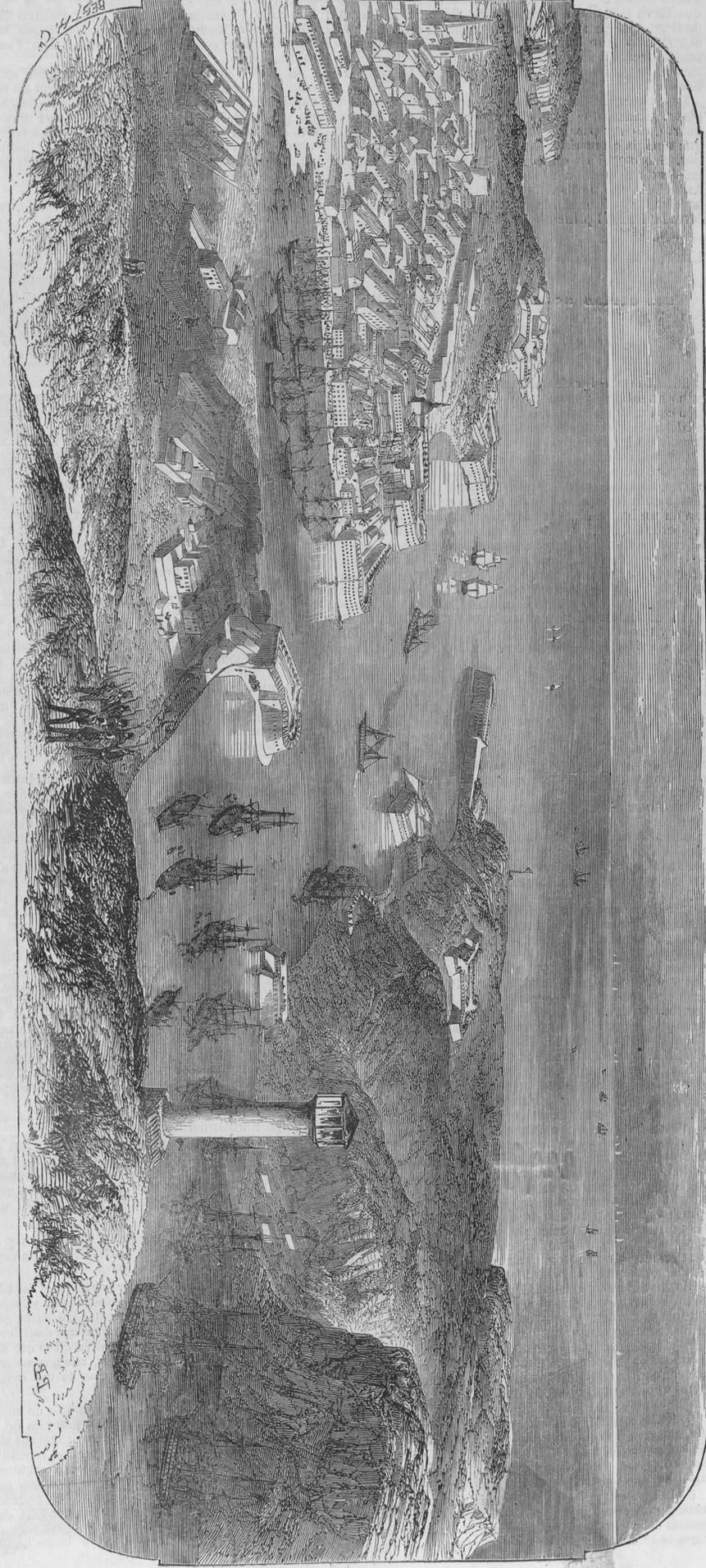
Respecto de la utilidad de tantos cañones en tan es-

trecho espacio, los hombres especiales no están de acuerdo acerca de la buena direccion de los fuegos, ni de la posibilidad de aprovechar para la defensa tan inmenso material. Se duda que la mampostería pueda resistir al estremecimiento producido por tantas bocas de cañon en el fondo de la bahía. Parece tambien que los medios de ventilacion están tan mal combinados, que despues de un corto número de descargas seria imposible servir las piezas y apuntar á causa del humo. Por consiguiente, estas costosas fortificaciones no serian mas que un espantajo inútil. Pero aun suponiendo que Sebastopol fuera inexpugnable por mar, por tierra es muy vulnerable y fácil de tomar sin que le sirvan de nada los medios de defensa de la bahía.

Un viajero inglés que recorria la Crimea en 1852, comprobaba que en aquella época la plaza estaba enteramente descubierta por la parte de tierra, y afirmaba que un ejército que desembarcara en una de las ba-



Sebastopol. — Vista tomada por el lado del mar.



Sebastopol. — Vista tomada desde la rada.

1857-1856

hías que guarnecen la costa al Sur de la ciudad, á algunas millas de distancia, entraria en la ciudad con tal que fuera bastante numeroso para resistir á la fuerza de tierra que guarneciera á Sebastopol. Es probable que el gobierno ruso haya fortificado esta parte en las actuales circunstancias; ahora falta saber de donde llevará la tropa necesaria para defender por tierra á Sebastopol.

Descritos quedan así los medios de defensa de esta plaza. Añádase que siendo muy estrecha la entrada del puerto, no hay pasaje mas que para un navío de línea, que tendria que sufrir el fuego cruzado de 400 cañones. Sebastopol es el baluarte de la dominacion rusa en el mar Negro. La Rusia perderá todo su influjo en Asia el día en que las flotas de Francia é Inglaterra la arrojen de la formidable ciudadela en que se halla encerrada desde el principio de la guerra.

### Tres cartas acerca de la Finlandia.

#### II.

*Timeo danaos, et dona ferentes.*

Buscaba un epigrafe para mi segunda carta, y no sé como ha salido de mi pluma este latinajo, que sin relacion con mi viaje, borraria de buena gana si no me recordara cierta chusca traduccion de él que oí á un francés en Petersburgo.

Galopaba y olfateaba este á la mujer de un diplomático portugués, á quien prestaba todo género de atenciones, en tanto que el marido parecia que vivia completamente tranquilo. Un día en que se quejaba la dama en un banquete de la dificultad de lograr palco para la ópera italiana, nuestro enamorado caballero sacó de su cartera el que él habia conseguido á duras penas, y se le ofreció al anfitrión. La portuguesa dió una orden al criado que tenia á su espalda, y los convidados, que se creian mas instruidos que el marido, miraron por discrecion á su plato. Pero el lusitano, olvidando la reserva diplomática, y revelando sus celos, rehusó el palco y tuvo la fatal idea de decir en latin: *Timeo á los griegos, y á los presentes que traen. Timeo danaos, et dona ferentes.*

Todos creyeron que el seductor se turbaria con semejante salida; pero él, sin desconcertarse, completó la cita de Virgilio: «*Quidquid id est! ¿Qué es eso? ¡Vd. que es meridional teme á los daneses! ¡Qué! debilidad! En cuanto á dona Ferentes, no tengo el honor de conocer á esta señora.*» Fácil es concebir la impresion y la carcajada que produjo esta réplica. La dama fué á la ópera al día siguiente. No sé cual fué el fin de la historia.

Deseo que la anécdota haya dado paciencia á los lectores para tomar el camino de Helsingfors en la estacion de Brobacka. El camino no es pintoresco. El terreno, cubierto de helechos y zarzales, está entrecortado por rocas, entre cuyas grietas nacen abetos miserables. A veces estas piedras absolutamente desnudas de vegetacion, unidas unas con otras, ondulan como olas de granito, ó se hallan adheridas al suelo, del que salen como una masa subterránea solo por su natural pesadez. ¿De dónde vienen estas moles llamadas erráticas (1)? ¿Qué revoluciones del globo, que fuerza desconocida las ha desprendido, sembrado á largas distancias y hecho rodar sobre las aguas? Para resolver este problema tenemos que remitirnos á la duda emitida por Humboldt en el *Cosmos*, en ese magnífico resumen de los conocimientos humanos de nuestra época:

«*Se ha supuesto, dice, que estas moles de piedra habian sido trasportadas por otras de hielo, que flotaban. Mas bien nos pareceria efecto de la caída impetuosa de las aguas detenidas en depósitos naturales, y derramadas luego por la sublevacion de las montañas. De todos modos, el origen de estas masas aisladas servirá de texto á muchas discusiones (2).*»

No es raro encontrar algunas que, por el influjo del tiempo, de la atmósfera y otras acciones disolventes, están en un estado de desagregacion mas ó ménos avanzado. Algunas son un monton de arena que aguarda ser esparcida; algunas se ven carcomidas por el cáncer que se extiende y desune insensiblemente sus moléculas; otras no ofrecen mas que una llaga local; pero al tocar sus bordes, el granito se deshoja bajo la mano. Al desaparecer los peñascos, se atraviesan bosques de pinos, alcornoques, álamos blancos y abedules, de aspecto monotonó y triste. De tiempo en tiempo, en claros que ha producido el incendio, aparecen algunos campos de centeno y de avena, que prosperan poco, por el mal terreno quizá, tanto como por la latitud.

El mismo país y aspecto ofrece el camino de Brobacka á Skibabola y desde este punto á Huckars. Varlet, nuestro compañero de viaje, cansado de mirar á derecha é izquierda, se puso á cantar una tras otra muchas can-

ciones de Beranger, hasta que apurado su repertorio concluyó por entonar la *Marsellesa*, en la cual yo le hice coro. Felizmente nosotros no podiamos causar el efecto que la Rachel, ni era de presumir que fuéramos á revolucionar con este himno la Finlandia. *Vox clamabat in deserto.*

El buen *Tallo de flor* arreaba sus caballos sin hacer caso del ruido que haciamos, y el zagal no se dignó siquiera volver la cabeza. Solo un cuervo nuyó, dando así señales de atencion, al grito de: *¡Aux armes!* Esta ave debe oler de lejos la pólvora. No vimos otro sér viviente. Silencio y soledad, tal es el carácter distintivo de aquella parte del Nyland, y á falta de bellezas pintorescas y salvajes, toda su poesía, que echarian á perder miserables criaturas humanas.

Hémos en *Nuckars*. Prepáranse las provisiones del almuerzo. La mesa excita á hablar, especialmente cuando los platos están limpios, el mantel es blanco y los vasos están lavados. ¿Pero qué buscan Vds.? Las capas y el saco de plata que ha quedado en el carruaje abandonado por *Tallo de flor*, que devora en algun rincon un pedazo de tocino rancio ó de pescado salado, y nos hemos parado en medio de un *heimat*; hombres, mujeres y chiquillos van y vienen como moscas al rededor del vehículo (1). ¡*Nitchevo!* amigo mio, como decimos en Petersburgo; poco importa, nos hallamos en Finlandia.

Recuerden Vds. lo que nos ha sucedido tres veces. Estabamos persuadidos de que aquí como en otras partes el pueblo mendigaba; que una propina agregada á los gastos de la posta (2) nos haria pasar por magnates y nos atraerian las bendiciones que se reciben siempre con placer, se crea ó no en su eficacia. ¡Quién no ha observado la sorpresa de los postillones recibiendo mas que la cuenta! Estos apénas han echado mano á su gorrilla, y uno de ellos ni siquiera nos ha vuelto el resto. ¡Pero mañana veremos cosa mejor! Dormirémos en Tammerfors, donde no se cierran las puertas de las casas, y Amanda, la criada de la posada, dejará la plata en la cómoda sin llave de vuestro cuarto. ¿No he dicho que los finenses son mas dignos de estudio que la Finlandia?

Pero nadie es perfecto, y estas buenas gentes tienen un defecto, el de no comprender fácilmente la mas expresiva pantomima. Su mismo interés no despierta casi su inteligencia. Aunque poco cargado, el carruaje era muy pesado para dos caballos como dos burros. *Tallo de flor* se apuraba poco por eso; hasta el cabo Norte hubiera ido deteniéndose á cada cien pasos. Mucho nos costó hacer entender que queriamos un tercer rocinante.

Pero por fin está enganchado y podemos partir. Aun nos faltan cuatro paradas hasta Tavasthens: *Hyringe, Hickia, Turkauta y Turengi.*

Pero ahora rodamos grandemente. Si el camino no estuviera en buen estado (3), y si *Tallo de flor* no tuviera tan buena mano y tan buen ojo, se podria temer un galope por aquellas estrechas bajadas. Pero va tan ligero aquello, que no hay tiempo para pensar en el peligro.

Avanzamos hácia el Norte. El país cambia de aspecto, el aire es ménos crudo. El césped sembrado de margaritas y otras flores silvestres cubre ambas orillas del camino; los racimos del serbal se destacan del verde oscuro de los alcornoques y se mezclan con el follaje de los abedules. A través de los árboles descubrimos grandes estanques de agua. El terreno está cultivado, el centeno y la avena segados, el trigo dorado, la patata y el guisante entrelazan su flor; la berza se redondea, el lúpulo forma pirámides enredado en los palos que lo sostienen. Nos acercamos al Tavastland, famoso por su fertilidad. Pero es preciso explicar esta palabra: el Tavastland es un verdadero granero de abundancia, comparado con la Suecia, donde la vigésima cuarta parte del suelo es susceptible de cultivo. La produccion agrícola de la Finlandia es grande relativamente, pero podria ser mayor.

Los detalles siguientes son extraídos de la obra del príncipe Emmanuel Galitzin:

Se siembran por término medio en el gran ducado 260,000 toneladas de centeno, que rinden 1,600,000 toneladas de grano. La cantidad total de granos de toda especie que produce la Finlandia no pasa por término medio de tres millones de toneladas. El alforfon

(1) Se llama *heimat* la reunion de los terrenos y edificios que constituyen la granja de un cultivador. La que explota un colono se llama *torp*, y este *torpar*.

(2) El precio de cada caballo por verste es de dos kopecks y medio, unos diez maravedises. La primera posta se paga doble. Los paisanos están obligados á presentar por turno cierto número de caballos en cada parada durante tres días. El producto les pertenece á ellos. Aunque nos habian dicho que no hallariamos caballos sin avisar previamente, solo una vez estuvimos á punto de esperar en Imatra, á causa de una condesa con quien nos cruzamos.

(3) Los paisanos componen los caminos de un modo digno de saberse. Es verdad que la naturaleza granítica del terreno ofrece casi por todas partes un macadam natural que simplifica el trabajo. Pero si no es penoso, se hace con conciencia. Los paisanos nivelan la nieve que haria montes ó cavidades con un triángulo de madera arrastrado por caballos, que esparce la nieve á derecha é izquierda del camino. Un poste marca de verste á verste la distancia recorrida y la que falta que recorrer hasta la próxima parada. A veces se marca por millas suecas. Cuando hay encrucijadas, un poste indica los diferentes puntos adonde conducen las diversas vias.

no crece mas que en la parte Sud de la Carelia y en algunos cantones del gobierno de Viborg; el trigo solo madura en las provincias de Abo, de Nyland y de Tavastland: la cebada se halla al Norte del ducado, y aun cerca del lago *Enara*, á los 68 grados de latitud; la avena desaparece cerca de Uleaborg. Otros productos del país son la resina y la brea, de que se exportan por año 200,000 toneladas; y no seria difícil que excediera esta cantidad si la explotacion fuera mejor dirigida, y si los paisanos no tuvieran permiso para cortar los árboles y para incendiar espacios considerables (1).

En el libro citado leo: «*que los cantones donde los campos existen en menor cantidad dan mayores rendimientos.*» No es extraño.

La tierra, con raras excepciones debidas al clima, no da, rinde. Su fertilidad, y aun esto en las mas privilegiadas regiones, está en razon del cultivo, y la base de él, el abono, falta en Finlandia. No se derrama estiércol en las tierras, porque no hay bastantes caballerías ni bastante pasto para rebaños. Aquí como en todas partes, siempre se gira en el círculo vicioso, miétras no se comienza con un fondo aplicable á la compra de ganados y de forrajes. El estiércol se reemplaza con raices, cortezas y otras basuras que se recogen en los patios de los *heimats* ó de los *torps*, y aun á esto no se le da tiempo para podrirse. Es locura querer luchar contra la naturaleza, cuando resiste á los esfuerzos del hombre. Las flores y los frutos son maravillas en las regiones boreales; pero la naturaleza es como el *viejo pastor del rebaño de Neptuno*: como Proteo, ella guarda sus secretos, y solo revela sus misterios á los que la combaten y la vencen.

En el mundo físico como en el moral, el trabajo es la ley de la humanidad. Donde la naturaleza prodiga sus riquezas, el hombre las malgasta, y se embrutece con el ocio; donde las escasea, el hombre se les arranca, se enriquece con ellas, y se moraliza con el trabajo. Suceda lo que quiera en esta mitad postrera del siglo, que ofrezca ser tan fecunda en acontecimientos extraordinarios, la civilizacion tendrá su asiento donde la vida no carece de dificultades.

Volvamos pronto á Finlandia, donde quizá es demasiado dura, pero donde la señora naturaleza da sin escatimar lo que no ofrece en otras partes sin reserva: ¡tres meses de luz y de sol constantes! Cuando veo un surco apénas abierto por el arado, en el cual germina un grano de centeno ó de trigo, yo lo multiplico á lo infinito, y digo que el truhan Proteo aguarda que lo apaleen. Los finenses no han apaleado jamás á nadie; pero ¿porque los rusos no le aplican el knout? Pronto estamos en Tavasthens. Son cerca de las nueve de la noche, la lluvia ha cesado, el Occidente se ilumina. Detengámonos sobre el golfo que atraviesa un puente de madera, y contemplemos el cuadro que se ofrece á nuestros ojos, cuando ya el mediodía de Europa está cubierto de tinieblas. No veremos otro que pueda comparársele. Por todas partes, hasta donde alcanza la vista, se extienden lagos inmensos, sembrados de islotes risueños ó salvajes, y cortados por verdosas praderas que pisan rebaños de carneros y vacadas. Los *heimats* humean, el horizonte dibujado por altas colinas arboladas, ya resplandecientes con los rayos del sol que baja á su ocaso, ya sumergidas en las primeras sombras de la noche, parece que retrocede inmensamente: aquí el lago inmóvil se parece á la superficie de una pizarra; allí refleja tintas rosadas; mas lejos se estrema plateado por la brisa, ó bien se oscurece y agita sus negras ondas. En lo mas elevado de este anfiteatro, un montecillo coronado de pinos que no tienen mas que la copa se destaca en relieve, y deja pasar flechas de luz por entre los troncos pelados, como por entre los pilares de un templo, y el arco iris, con un extremo en el bosque y el otro en el agua, sirve de marco á este magnífico paisaje.

Casi de noche llegamos á Tavasthens, por lo cual paso por alto la descripción de la ciudad, cosa que el lector no debe sentir. Quien ve una calle ve diez, y yo creo que todas no llegan á once. Las casas de madera y de un piso son cómodas, limpias y libres de insectos. Vamos á descansar al Parador de Petersburgo, y procurémos dormir á pesar de los serenos que os despiertan con sus gritos de media en media hora para decirnos que podeis roncar con toda seguridad. No perdamos tiempo, porque la guarnicion de Tavasthens tocará al alba su estrépitoso día.

El soberbio panorama de la víspera nos estimula á ver esta tarde la catarata de Kyro, objeto principal de nuestro viaje: una porcion de agua que llega á saltos á recipientes de piedra cortados á pico, y que cae de

(1) Los finenses tienen tres clases de tierras quemadas: 1<sup>o</sup> aquellas en que se cortan los árboles viejos cuando la hoja está crecida; esta madera está así dos años al cabo de los cuales se quema y en seguida se siembra el centeno; 2<sup>o</sup> las tierras de madera joven que se quema al año de cortarla, y sobre ella se siembra trigo; 3<sup>o</sup> las tierras cubiertas de arbustos, que se cortan en la primavera, se secan y se queman en seguida para sembrar primero trigo y despues alferfon y lino.

Otro modo de quemar hay además de estos. Se prende fuego á una parte del bosque, y se forma un vivero. Mejor fuera que la Finlandia doblara con mejor cuidado sus productos, y que se dedicara á desecar terrenos para formar prados. Por indolencia ó frugalidad, la Finlandia no produce lo que debiera producir.

La extraccion y fabricacion del hierro es muy antigua allí, como lo prueban muchos cantos de la *Kalevala*, y podria ser muy productiva; pero tampoco esta industria ha llegado á su completo desarrollo.

una elevacion de 90 piés! De Tavasthens á Walda, de Walda á Ilmola, de Ilmola á Oukala, miramos con la indiferencia de un rico estragado, ó con la estupidez del perro que deja el cuerpo por la sombra, encantadores paisajes que guarnecen los lagos que costeamos. Tallo de flor parece haber adivinado nuestra impaciencia y va á galope. Si no tuvieramos tanta priesa, almózaríamos sobre el verde césped en medio del bosque; el cielo es tan puro, el aire casi templado; el viento murmuraba en las aguas resuenan dulcemente quebrándose en las orillas. ¡Pero adelante! ¡á Kyro, á Kyro! Escasamente nos detenemos unos minutos al pié de la iglesia de Oukala, aislada sobre una plataforma, que domina inmensos horizontes. ¡A Kyro, á Kyro! Por fin, hénos en Tammerfors. La posada de madama Lundhal está llena de gente. Ni Amanda ni Rosalba, que son las dos sirvientas, ni la dueña comprenden nuestra gerga alemana ó rusa. Un huésped se ofrece de intérprete. Justamente el hermano de M. Frenkell, el cónsul de los Estados Unidos en Helsingfors. Le rogamos que diga á Tallo de flor que ponga nuevos caballos y que nos conduzca á la catarata.

— Muy bien, dice M. Frenkell, pero yo les aconsejo á Vds. que se queden aquí.

— ¿Porqué?

— Porque en esta estacion LA CATARATA ESTÁ SECA.

— ¡Ah, vaya! exclamó una mujer.

— ¡Diantre! dijo mi compañero.

Yo creo que me permití una exclamacion mas significativa. ¡Qué chasco! ¡Sin catarata! Existe, atruena, muje en todos los libros. ¿Porqué no dicen los autores que solo corre al derretirse la nieve? ¿Se han llevado ellos el chasco que caritativamente regalán á los viajeros? El lector decidirá.

El primero que se repuso de tal golpe propuso una cosa que fué aceptada: la de dar un paseo. Cruzamos la ciudad, no dignándonos mirar la caída formada por el desnivel de los lagos que tienen á Tammerfors en medio. La pasion es exclusiva, y por consiguiente injusta; se necesita, pues, dejarla calmarse. Nos dirigimos á las márgenes del *Nesijervi*, y ¡despechados como estudiantes, nos dirigimos mutuamente sarcamos!! Pero no nos cegó tanto la cólera que no apreciáramos la belleza singular de estos sitios: la melancolía de estas costas solitarias, las aguas profundas que se extienden como un espejo que refleja los rayos solares, y que confunden en lontananza con el cielo y las colinas, esas islas desiertas que matizan los mares interiores; el silencio inalterable que reina en las olas, las playas, los bosques inmóviles; el sentimiento misterioso y profundo del sér infinito que nos envuelve y penetra por todas partes, nos sumergieron en muda pero elocuente admiracion. « La meditacion del viajero, ha dicho Chateaubriand, es una especie de plenitud del corazon, y vacío de la cabeza, que os deja gozar tranquilamente de la existencia. »

El sol bajaba, la sombra caía sobre el lago; regresamos á Tammerfors, y nos detuvimos esta vez en el puente bajo el cual se engolfa y espuma la corriente. Curioso espectáculo: las fábricas de la orilla izquierda ofrecen un singular golpe de vista: el de las habitaciones sorprendidas por una inundacion vomitando el agua por las ventanas. La diferencia de nivel entre el *Nesijervi* y el *Puhejervi*, con el que comunica el primero, precipitándose á un fondo de rocas, es de 60 piés. El agua que pone en movimiento las máquinas de aquellos establecimientos industriales se lleva de la salida del lago, y á medida que ha sido utilizada, anchas bocas la devuelven á la corriente. Un principio de vértigo se apoderó de nosotros al ver correr aquella agua furiosa, y tal vez permaneciendo allí, hubiéramos saltado involuntariamente por los pretiles de madera del puente. No es la primera ocasion en que esto ha sucedido, como lo atestigua el caso del pobre M. Lundhal, el difunto marido de nuestra posadera, cuya aventura referiré en mi próxima carta. Esta la concluyo diciendo que en Tammerfors hemos hallado un recuerdo de la novela de Jorge Sand, la *Fillenle*, no escrito, sino de carne y hueso.

Habia en Tammerfors una familia de bohemios....

## EL RHIN.

### III.

Mientras permaneció en las montañas de Weiler, Wolke cautivado por el recuerdo de aquella mujer bella y misteriosa, cuya despedida le hizo concebir las mas seductoras quimeras, trató de definir á aquella criatura singular; pero bajo el imperio de las preocupaciones inherentes á su persona, sus sentimientos se perdian, y á la admiracion que profesaba por la desconocida se mezclaba un respetó temeroso. Habia resuelto penetrar el secreto de aquella existencia, y marchaba á la cita que le habian dado con la turbacion oculta de un hombre cuya suerte se va á decidir por un acontecimiento largo tiempo esperado. La agitacion interior del pescador se complicaba con temores sencillos nacidos de las visiones de una imaginacion crédula excitada en aquellos lugares solitarios donde la luz y la sombra daban á los objetos una apariencia fantástica. Sin embargo, movido por una resolucion mas fuerte que sus emocio-

nes, se encaminó hácia un grupo de rocas que formaban, á la salida de la montaña como un edificio arruinado. Allí le esperaba la bruja, que se levantó al verle. El pálido y hermoso rostro de la desconocida bañado por una luz abundante, realizaba en aquel momento el tipo suave y melancólico de esas jóvenes blancas que la imaginacion de los pueblos del Norte hace correr por la noche á la luz de la luna, sobre las plantas y sobre la superficie de las aguas.

— Bien venido seas, dijo la bruja, pudiste escapar de las garras del Rico... pero este no es buen sitio para descansar; sígueme y te llevaré á lo alto de la montaña á un lugar seguro, donde podrás sosegar un poco hasta que llegue el día.

— Gracias, dijo Wolke con acento resuelto, pero debo decir que no he hecho un viaje tan largo, para saber como se duerme en el Kloop. Ciertamente habeis tenido un motivo mas sensato para hacerme venir aquí; quizá no ha llegado el momento de descubrírmelo, mas como estoy á vuestras órdenes, esperaré. Hasta ahora habeis podido ver si en mi vivo deseo de complaceros he titubeado un solo instante en ejecutar vuestra voluntad; el cielo me es testigo de que deseo siempre obedecer; sin embargo me parece justo que sepa cual es la mano que me conduce aun cuando crea deberme ocultar la via en que me dirige.

Una sorpresa dolorosa se pintó en las facciones de la bruja.

— Es decir, repuso esta, que deseas satisfacer una curiosidad pueril; solo los niños y las mujeres ceden así á un indiscreto deseo de conocer las cosas que no les interesan en demasia; te creia un hombre firme y justo, pero veo que acabas de mostrar la inconsecuencia y la debilidad de un niño.

Wolke se puso serio con las palabras de la bruja, y ya iba á responder con acritud, cuando la desconocida, persistiendo las disposiciones del pescador le dijo cambiando de tono:

— Acaso soy injusta, pues convengo en que puede haber cierto interés en conocer á una mujer que se ha elevado sobre su sexo, hasta el punto de dar lecciones á los hombres. Sin embargo no puedo consentir en entregar aquí á la indiscrecion del Wisperwind, de ese viento que habla al oido de los curiosos, un secreto que tú mismo consideras de tanta importancia, que le sacrificas hasta la buena opinion que yo habia concebido de tu prudencia. Sígueme, quizás al fin de nuestra caminata sabrás lo que deseas.

La jóven se puso en marcha, y Wolke se fué detrás de ella. Bien luego llegaron hasta el terraplen superior, en cuyo centro se elevaban las ruinas de una antigua fortaleza de construccion romana.

La bruja se puso á cantar, y al mismo tiempo se oyeron muchas voces en el interior de las ruinas, que decian:

¡Es Tugd! ¡es Tugd!

La bruja volviéndose hácia el pescador le dijo maliciosamente:

— ¿No te habia prometido que tu curiosidad seria satisfecha? Sin embargo, si todavia no lo está del todo, espera un poco mas, y así como se conoce al árbol por sus frutos, conocerás á Tugd por sus acciones.

El tono de burla con que fueron pronunciadas estas palabras dejó á Wolke confuso y arrepentido.

Tugd y su compañero se metieron en las ruinas, y atravesando mil obstáculos llegaron bajo una bóveda que formaba una galería con un pavimento de anchas losas de mármol. En la extremidad de la galería habia un grupo de hombres calentándose que se levantaron en cuanto oyeron resonar los pasos de los recién venidos.

— ¡Salud y bendicion á los que vigilan por sus hermanos dormidos! dijo Tugd acercándose al grupo.

— Bien venida seas con tu compañero, añadió uno de los personajes con acento solemne.

— Os traigo un intrépido soldado de la buena causa, dijo Tugd, á fin de que segun las órdenes del Padre, le pongais al corriente de sus deberes.

— Así sea, respondió el que ántes habia hablado.

El grupo volvió á sentarse al rededor de una lumbre medio apagada, en tanto que Tugd se retiró á un rincón, y envolviéndose en su manta se sentó como disponiéndose á pasar allí la noche.

Un hombre de alta estatura y de formas atléticas que llevaba cubierta la cabeza con un gorro de piel, y que parecia el jefe de aquel grupo, se volvió entonces hácia el pescador, y le dijo:

— Se acerca el día en que cada uno de nosotros deberá reunir á los suyos para entrar en campaña. Tú que vienes del Oeste podrás decirnos si todo está allí preparado para el ataque.

— Afirmando, respondió Wolke, que á la primera señal todas las ballestas del país se dirigirán hácia el Rheinfels.

— Bien, contestó el que presidia aquel consejo de guerra. Tú reunirás el mando de las diferentes compañías que vengan de Boppard y de mas allá hasta el límite de Vertau, y te estarás en las montañas del Weiler, mientras llega el orden del ataque. Tú, Tuchs, añadió dirigiéndose á uno de los asistentes, marcharás á Krenzenach; hemos sabido que Juan de Sponheim, señor de esa ciudad espera un ataque por parte del obispo de Maguncia. Desgraciadamente los principales de Krenzenach se han declarado por su señor, de modo, que irás á buscar al jefe de los vecinos, y le dirás que mejor podrian emplearse las fuerzas de Krenzenach combatiendo en favor de nuestra emancipacion comun; confio en tu talento y destreza para el buen logro de

esta tentativa... Traube, tú encontrarás en Bacharach todas las fuerzas de la orilla izquierda hasta Oberwesel, bajarás al valle y presentarás el ataque al enemigo por el Sur, mientras Bottchler guardara la orilla derecha y defenderá el curso del rio. Licht y Braud recorrerán la comarca de descubierta, y nos dirán lo que hace el enemigo. Cada uno de vosotros marchará al instante á su puesto, á fin de apresurar los preparativos del ataque... Cuidado con olvidar que nuestro grito de guerra es: ¡Dios ayude! y nuestro grito de union: ¡Al mas fuerte!

Habia en la voz del jefe una energia varonil que electrizó todos los corazones. Cada cual quiso completár á su vez las instrucciones que acababa de recibir, y el jefe respondió á todas las preguntas con la sagacidad de un general consumado en la táctica militar. Mientras los conjurados se distribuian así sus papeles, Wolke que miraba á las paredes sombrías de la galería, descubrió una sombra que se deslizaba con precaucion, y poco despues se oyeron estas palabras:

— Tugd, Tugd, estás durmiendo mientras yo velo.

A esta voz la jóven se alzó de un brinco y desapareció en la direccion de la torre. El pescador quiso seguir á la bruja, pero el jefe le detuvo diciéndole:

— Deja á esa jóven en paz; cada cual tiene aquí su tarea, y la nuestra es de deliberar en este momento. Tugd es el centinela vigilante de nuestra seguridad, y nosotros de ella, pues no hay en todo el país un ojo mas penetrante, ni un oido mas fino.

Acababa de decir estas palabras cuando Tugd corrió hácia el grupo gritando:

— ¡Alerta! El burgomaestre de Brisgen no podia dormir tranquilo ántes de averiguar la causa de los resplandores que se descubren desde abajo por entre las ruinas del Klood, y con este fin ha enviado aquí una docena de soldados; todas las salidas están tomadas; el hacer la menor resistencia seria comprometer la obra comun.

Pero ya los conjurados se habian armado con sus puñales y se disponian á recibir á los soldados del burgomaestre.

— ¿Quién guiará los perros, dijo Tugd, si los ojeadores sacan el cuchillo y quieren correr la caza? Alerta, pues, os digo, y fugaos al bosque; yo respondo de que no hay en Brisgen un soldado capaz de seguiros.

Apénas habia pronunciado estas palabras cuando se oyeron los pasos de los guerreros que desembocaban sobre el terraplen por distintos caminos. Los conjurados se echaron al suelo y salieron de las ruinas arrastrándose para que no los vieran. Cuando los soldados se presentaron á la entrada de la galería, Tugd, que se habia quedado sola junto á la lumbre, dió una patada á los tizones que se consumian lentamente, y produjo una claridad que alumbró de repente la nave de la galería con una luz blanquecina. La actitud serena y altiva de la jóven daba al cuadro la apariencia de una de esas escenas de evocacion tan terribles en los cuentos fantásticos. Los soldados al verla se pararon, pero Tugd alzando la voz para que la oyeran los conjurados que se marchaban, gritó con voz solemne:

— Hermanos, hasta la luna nueva.

— Es la bruja, exclamó uno de los soldados, y los guerreros amedrentados se desbandaron y se fugaron precipitadamente.

Al otro dia circuló en Brisgen la noticia de esta expedicion nocturna, aumentada con pormenores estupendos, y todo el mundo se convenció de que las ruinas del Kloop estaban habitadas por el espíritu maligno.

Ya resplandecia el sol en el horizonte cuando Wolke entró en Brisgen, deseando descansar un momento ántes de tomar el camino de las montañas de Weiler, donde le llamaba la mision que le habia tocado. Entónces se acordó del fraile de la vispera y de la promesa que le hiciera, y ya se encaminaba á la catedral para encontrarle, cuando le vió venir hácia él con la expresion de una bondad maliciosa pintada en su fisonomía.

— Parece que hace fresco en el Kloop, le dijo, segun la palidez de tu rostro; has hecho mal en preferir las ruinas á una buena cama, pero en fin, si quieres curarte del frio con un trago, te puedo ofrecer un exquisito vino de Scharlagberg; del que he tomado una botellita para compararle con el de nuestras colinas de San Goar.

Wolke dió mil gracias al fraile.

— ¿Me quieres decir, añadió este, lo que ha pasado la noche última en el Kloop? Ya sabrás lo que se cuenta, dicen que está habitado por el espíritu maligno.

— Así lo dicen, contestó Wolke, yo por mi parte no sé nada.

— Lo que yo creo, dijo el fraile, es que no da gran prueba de prudencia el que se aventura por la noche fuera de los lugares habitados. Sin embargo como no depende siempre de nosotros el evitar el peligro, quiero darte un excelente medio para ayudarte á salir de él, en caso necesario.

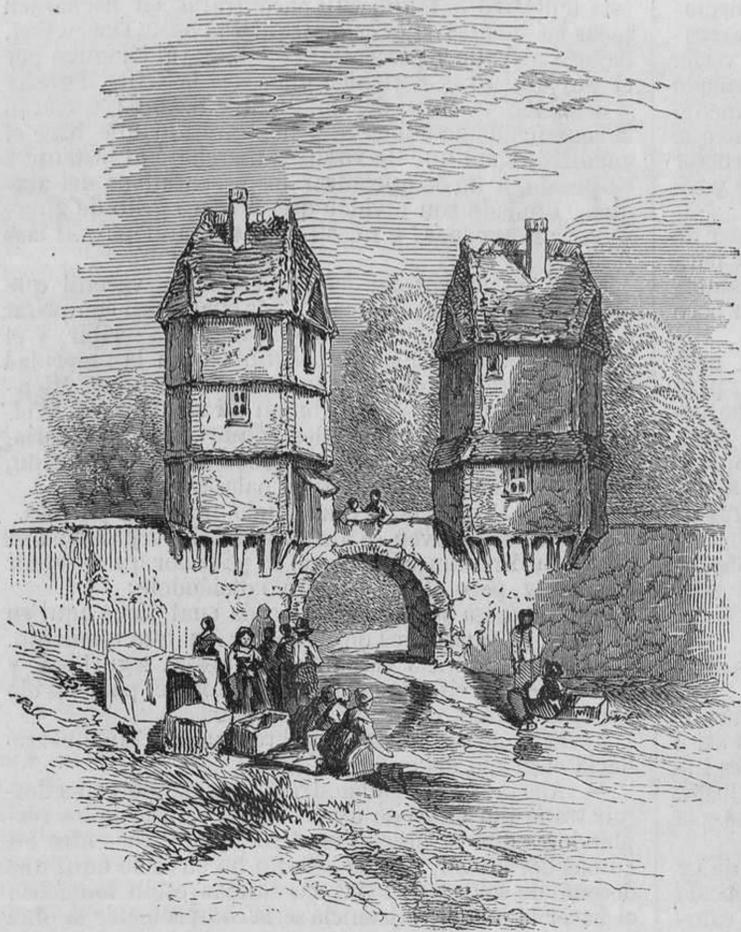
Y al decir esto el fraile sacó de su hábito un puñal que presentó á Wolke.

— Aquí tienes, le dijo, un puñal de Colonia, de los mejores; además tiene otra ventaja, y es que ha tocado las santas vestiduras del Cristo que se venera en la catedral de Treveris; en otra ocasion te diré con que motivo.

— ¿Esas son las indulgencias que me prometisteis? preguntó Wolke sonriendo.

— Sí, hijo mio, y segun el uso que hagas de este puñal, podrás experimentar sus virtudes.

El pescador tomó el puñal y le ocultó bajo su vestido; el fraile reflexionó un momento, y añadió:



Puente de Kreutznach.

— A fe mia, erco que tambien te habia prometido otra cosa.

— Es verdad, y aunque el enigma me haya parecido un poco frívolo, me gustaria saber en que estriba su gracia.

— Nada mas fácil, hijo mio; era una alusion á los caballeros ladrones, cuyos castillos son muy elevados, y sus sentimientos muy bajos, que se han establecido en nuestro suelo para empobrecerle indignamente, y que se burlarian de los medios tímidos que se em-

plearan para derribarlos.  
— ¿Y qué mas? dijo Wolke que no comprendia lo que queria decir el fraile.

— Pues bien, si escapan con la mano, los alcanzará la ballesta.

Wolke miró al fraile con asombro, y entónces pudo notar que la malicia ordinaria que se pintaba en el rostro de Kuno, se habia cambiado súbitamente en un fuego sombrío terrible. Pero el mismo instinto de desconfianza que le indujo la vispera á ser reservado, le aconsejaba ahora no pararse en una demostracion cuya sinceridad no podia apreciar debidamente.

— Confieso, dijo Wolke con soltura, que la explicacion no me parece tan divertida como el enigma.

— Jóven, exclamó el fraile con presteza lanzando á su vez una mirada penetrante sobre el pescador; es preciso ser zorro cuando no se puede ser lobo; hoy se acabó la astucia, y podemos hablar alto: ¡Dios ayude...! ¡Al mas fuerte! Te espero á la luna nueva.

Kuno se alejó con paso rápido despues de haber pronunciado estas palabras; pero desde aquel dia no se volvió á oír hablar de su

persona, y los aldeanos de San Goar-Shausen, que tanto le querian, no volvieron á verle.

Wolke despues de haber pasado un dia en Brisgen, se volvió á Weiler.

Ya estaba pues constituida la liga del Rhin, y se acercaba el momento en que iba á poner manos á la obra. Esta poderosa sociedad se reveló con todos los recursos de una constitucion sólidamente cimentada. Cuando los caballeros del Rhin abrieron los ojos sobre el peligro que los amenazaba, ya era tarde; la insurreccion



Puerta de Bacharasch.

era mas fuerte que ellos. Los caballeros atacados á la vez no podian pensar en ayudarse mutuamente, pues cada uno de ellos tenia que atender á su propia defensa. Dieter opuso una resistencia desesperada á la tormenta; encerrado en su castillo, desafió á la insurreccion, y la esperó á pié firme.

El ejército sublevado se presentó bajo el Rheinfels; pero la naturaleza habia rodeado de obstáculos formidables la morada del Rico, y fué preciso pensar en rendir la plaza, ya que era imposible tomarla. Las opera-



Bacharasch.

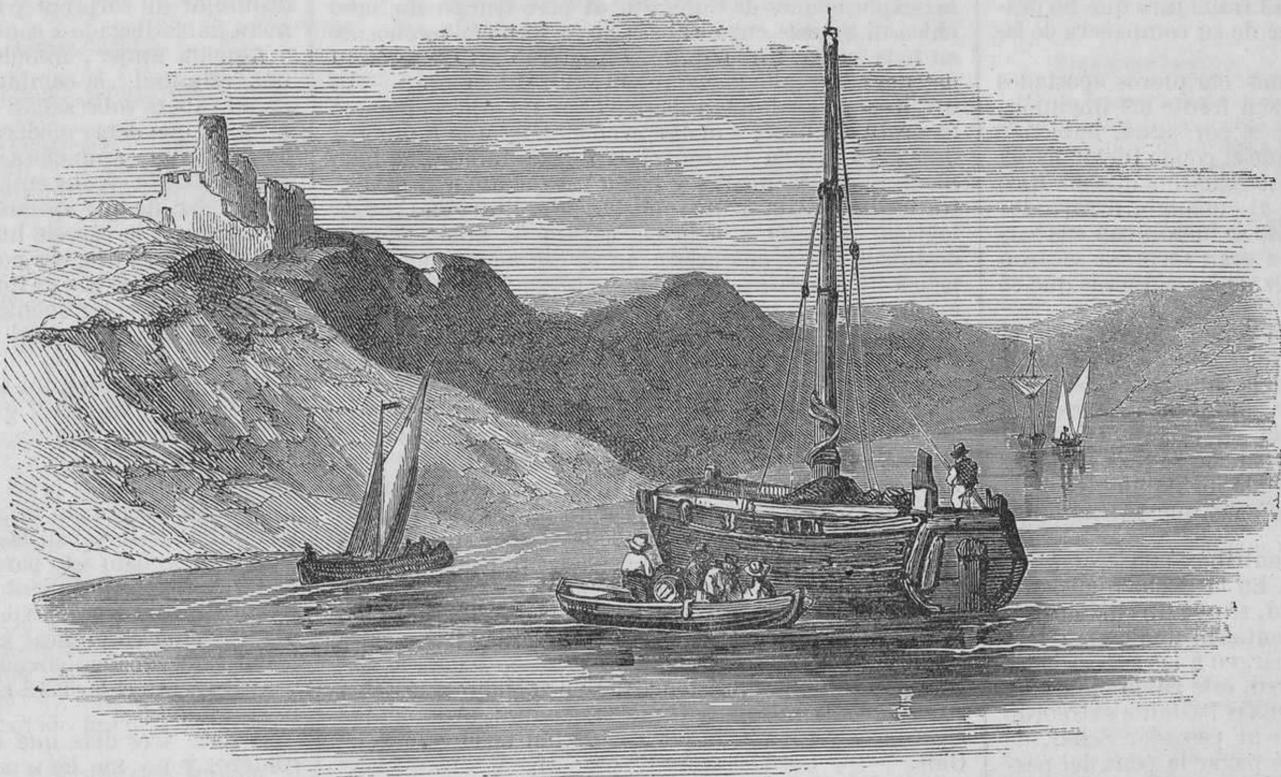
Louis MARVY



Boppard.

ciones del sitio fueron dirigidas con una habilidad extraordinaria, y como ninguno de los jefes aparentes de la insurreccion poseia grandes conocimientos militares, es de creer que habia jefes ocultos que gobernaban á los insurrectos.

No obstante, el sitio se hacia largo, y los sitiadores impacientes con la obstinada resistencia del Rico, y juzgando que este debia haber acabado ya con sus medios de defensa al cabo de catorce meses de lucha, resolvieron intentar un golpe de mano. Wolke fué elegido para llevar las tropas al asalto. El pescador dispone sus fuerzas y marcha sobre el Rheinfels, pero apenas habia escalado las primeras rocas de



Thurnberg.

la montaña, cuando una jóven que llevaba el traje de una señorita noble, y que montaba un soberbio alazan, se apea del caballo, y pasando de roca en roca con una agilidad sorprendente, brinca y se lanza sobre el estrecho que seguian los combatientes para llegar á los muros del castillo. Wolke se queda admirado con tanta audacia; se acerca y no puede dar crédito á sus ojos; aquella jóven tan bella y animosa es Tugd. El pescador la suplica que se aleje, que no se exponga, pero la inflexible Tugd sin escuchar mas que su ardor, corre adelante, y con su ejemplo excita la intrepidez de los insurrectos. Llegada á un tiro de ballesta de la plaza, se



Oberwesel.

detiene, y ve sobre su cabeza las trincheras que se cubren de combatientes.

Tugd anima á los agresores con su voz y sus ademanes, y notando en sus filas un movimiento de incertidumbre, para enseñarles á despreciar el peligro corre hasta las murallas de la plaza. En vano la grita Wolke que se vuelva; la intrépida Tugd permanece inmóvil bajo una lluvia de flechas. El pescador estimula á sus soldados y va también hasta las murallas, pero muy pocos son los que siguen, y cuando se halla cerca de la heroica jóven, esta, tras pasada ya de muchas flechas, cae á sus pies espirante. Wolke se apresura á levantarla, para prestarla algún socorro, pero en el mismo instante se abre la puerta del castillo, y sale una nube de sitiados, que cayendo de repente sobre el enemigo, le obligan á replegarse en retirada. El cuerpo de la infortunada Tugd quedó en poder de las tropas de Dieter; el Rico le hizo meter en un pellejo, y le arrojó al río.

El resultado de esta jornada sumergió al pescador en una desesperación violenta. Al caer la tarde un anciano se presentó delante de él: era Kuno vestido de guerrero. El fraile llevaba pintada en el rostro la expresión de un dolor sombrío.

— Dios me ha herido con un golpe terrible, dijo á Wolke, llamando al cielo, con una muerte horrorosa, á la santa mujer que me ayudó á fundar la confederación; la infortunada había salido del claustro de Ruppertsberg para unirse á la santa causa de los oprimidos; deseo que vuelva después de su muerte á ese asilo de paz, donde hallará el reposo que no conoció nunca. Si sabes donde están sus restos mortales, habla; sea cual fuere el sitio en que se hallen, juro que iré á buscarlos.

Wolke bajó la cabeza, pero vencido por las instancias de Kuno, declaró que la jóven había caído muerta á sus ojos, y que su cuerpo se había quedado bajo las murallas del castillo del Rico. El fraile juró que no descansaría hasta hallar el cadáver de su compañera de fatigas y peligros.

Sucedió sin embargo que unos barqueros apostados á la orilla izquierda del Rhin, en frente del Rheinfels, para vigilar las comunicaciones por agua, habiendo sido testigos de los funerales que el conde Dieter había hecho á la heroica jóven, se imaginaron que el Rico pensaba sustraer sus riquezas al enemigo, arrojándolas al agua, y bajo este supuesto se fueron con sus barcas bajo el Rheinfels; pero con gran sorpresa sacaron de las ondas un cadáver en vez de las riquezas que se prometían.

Al punto llevaron á tierra aquel cuerpo, en el cual luchaba todavía un imperceptible resplandor de vida contra las sombras de la muerte. Gracias á los cuidados que la prodigaron, la jóven religiosa del Ruppertsberg, que fué conocida en el mundo con el nombre de Tugd, volvió á la vida, no se necesitó otra cosa para arraigar en el espíritu de los habitantes de la comarca, las supersticiosas creencias que existían con respecto á la heroica religiosa.

Una circunstancia singular contribuyó poderosamente á la rendición del Rheinfels. En la noche que siguió á la muerte presumida de Tugd, se oyó un ruido particular en las entrañas de la montaña que llenó de terror á los sitiados, y que dió margen á las suposiciones más inverosímiles. Sin embargo, este ruido tenía una causa muy natural, aunque quizás bastante extraordinaria. El Rico no había matado al pescador Schaf, de Orban, ni al peagero que debió pagar la pena del pescador Wolke, sino que los había encerrado en uno de los calabozos del castillo. Ahora bien, los dos presos habían concebido el proyecto de recobrar su libertad abriéndose un pasaje subterráneo. Este trabajo de paciencia que les había ocupado cerca de año y medio, tocaba á su término, y efectivamente, pocos días después, los sitiadores vieron venir á ellos dos sombras lívidas, dos espectros; eran las dos víctimas de Dieter.

Los sitiadores utilizaron las obras de los asistentes como una mina, é introdujeron en toda la galería una gran cantidad de paja húmeda que prendieron fuego. A la mañana siguiente las nubes de humo que envolvían el castillo, ocultaban á los sitiados la vista de los insurrectos. Estos se prepararon al asalto, pero Dieter pidió capitulación con la esperanza de salvar sus riquezas. El castillo fué desmantelado, y quedaron dispersados casi todos los tesoros del Rico, que dicen no sobrevivió largo tiempo á la pérdida de sus bienes, y que murió maldiciendo á su hijo que heredó los restos de su opulencia; su hijo no pudo continuar su nombre, y en él acabó su familia.

En cuanto á Wolke, concluida que fué la guerra se retiró cerca de Ruppertsberg, donde sabía que se había encerrado la jóven religiosa, y desde aquel día no conservó ninguna relación con sus semejantes. Vivía en los bosques sin ser visto más que á largos intervalos, y cuando murió la santa religiosa, no se le volvió á ver nunca.

Los habitantes del país dicen sin embargo, que no ha muerto, pues el cielo para recompensar la virtud que había mostrado ahogando la violenta pasión que le devoraba, le acordó la inmortalidad sobre la tierra; pero fiel á los sentimientos que manifestó durante su vida, socorre siempre á los oprimidos, y hace la guerra á los opresores. Por eso el nombre del cazador Negro es todavía en aquel territorio un objeto de veneración para los unos y de terror para los otros.

### Un hecho frenológico.

No puede ciertamente negarse á Cubí la gloria de haber introducido en España alguna afición al estudio de la frenología, ciencia hasta desconocida por muchos, y cuyos verdaderos fundamentos sabían pocos. Gall, era aquí antes una especie de mito, y algunos reconocimientos suyos que á manera de vagas tradiciones se contaban, mas contribuían á deificar su persona con los colores de la extrañeza y la maravilla que no á engendrar el deseo de estudiar sus obras. En cuanto á lo demás, el soberano desprecio con que el gobierno ha mirado siempre y continúa mirando aquel estudio, y varios sofismas que contra él han inventado algunos médicos y teólogos, han terminado dignamente la obra de indiferencia é ignorancia que á la frenología había cabido en suerte á nuestro país, á la frenología que á pesar de su reciente descubrimiento, se enseña hoy pública y autorizadamente en todos los países cultos, y aun en algunos que no lo parecen.

Pero explica Cubí la historia y los principios de la ciencia en un libro elemental, se le permite que haga exposición de ellos en varias universidades, se le presentan en su larga correría por España infinidad de personas solicitando su reconocimiento, se apresuran los periódicos á dar publicidad á estos hechos, y todo varía de aspecto con extraordinaria rapidez. El ardor por la frenología es entonces comparable solo con la indiferencia que antes había inspirado; generalízase la ciencia tanto como cuanto había sido ignorada hasta allí; y aun se consigue el raro triunfo de que se popularice y penetre en las masas. Y eso que Cubí, por circunstancias especiales que deploramos, era mas que un apóstol, un vendedor de frenología.

Esto sucedía por los años de 1845, y fueron tantos los jóvenes que entusiasmados acogieron con entera fe la doctrina de Gall, y que siguieron tan á la letra las explicaciones de Cubí, que al poco tiempo no hubo chico ni grande cuya cabeza no se hubiera reconocido en toda regla. Hubo algunos infatigables: estos solían detener en la calle á cualquiera, aun sin conocerlo, con un pretexto cualquiera, para palpar un órgano notable en protuberancia; aquellos acometen en una reunión á quien no oponía en contra la fuerza pública. Se hizo moda indudablemente, y hasta para el amor se encontraron inmediatamente multitud de aplicaciones frenológicas. La bella y delicada cabeza de una señorita, destinada hasta entonces á servir de adoración y respeto á los mortales, quedó desde luego á disposición de los frenólogos, es decir, en sus manos, sagradas por otra parte en los instantes de ejercer su magisterio. No dejarse arrebatarse á vista de tales atractivos, habría sido vencer los mas grandes imposibles, y yo que no los buseo ni mucho ménos, me entregué con tanto ardor al estudio de la frenología, como al del corazón de la mujer que por aquella época absorbía todo el mío. Bebí en Gall las puras y primitivas emanaciones de la ciencia, aprendí á conocerla y apreciarla en su discípulo Spurzheim, disipé en Combe las dudas que todavía ofuscaban mi mente, y admiré en Broussais el vasto desenvolvimiento de aquella y sus diversas y trascendentales aplicaciones, como también su íntima relación con otras ciencias. No era ya solo la verdad frenológica la que cautivaba mi espíritu: había empezado á vislumbrar con ella un sistema filosófico entero que debía su origen á la misma naturaleza. Me hice, pues, amigo entusiasta y partidario por convicción de la escuela de Gall.

Pero dejemos esto; el lector puede figurarse que trato de escribir un curso de frenología, ó de impugnar los argumentos que sus enemigos propalan contra ella, y ni tal es mi propósito, ni la ocasión es oportuna, ni yo me encuentro aun sino en estado de aprender mucho. Mi objeto no es otro que el de dar cuenta de cierto examen frenológico, en el cual tal vez encuentren los lectores algunas circunstancias interesantes. El resto del artículo será, pues, una página arrancada de cierto libro de apuntes, en que yo consigno varias observaciones, que sin pretensión alguna, y sin echarla de maestro, ha solido hacer en los diversos puntos á que mi estrella me ha conducido.

Hace pocos años estaba yo en América, en ese país de encantos y aventuras en que el célebre Chateaubriand bebió tan ricas y nuevas inspiraciones. Acababa de llegar á una de sus mas grandes y notables ciudades, donde contra todas mis esperanzas, encontré á un íntimo amigo de la infancia, á un compañero de colegio que no veía, desde que nuestro común maestro con mas benevolencia que justicia, aseguró bajo su palabra, que así traducíamos á Ovidio como á Ciceron, en lo cual después de todo no se equivocaba. Este amigo, pues, y yo nos desvíamos algunas explicaciones; teníamos que decirnos que suerte había cabido á cada cual, y que éramos.

En cuanto á él, no podía quejarse; dedicado al comercio en aquella verdadera tierra de promisión, se había hecho rico; por lo que á mí tocaba, si bien no lo era entonces, tampoco lo he sido después, y lo que es peor, ni tengo esperanzas de serlo nunca. Propúsose desde luego relacionarme en el país, y empezó por presentarme en la casa de una bellísima y opulenta señora que residía en aquel punto, y que contra la general costumbre de la sociedad americana solía recibir de noche á algunas personas. Es verdad que dicha señora era inglesa. Con efecto, llevéme á su casa una noche, y entre las muchas cosas de que hablamos allí reunidos ocupó lugar preferente la frenología, que por entonces llamaba mucho la atención en América. Esto

hizo saltar de gozo á mi amigo, porque el día anterior le había yo reconocido la cabeza, señalándole una notable protuberancia en el órgano de la adquisividad.

— Señores, exclamó al momento, somos felices. Tenemos aquí á un frenólogo que me ha reconocido ayer, y aunque yo no creo en eso, la verdad es que ha acertado.

Mi amigo formulaba su opinión sobre la frenología del modo particular que muchos; para ellos es menor concesión tener á uno por adivino, que prestarse á creer lo que no han estudiado. Por lo demás ninguno de los circunstantes echó en saco rato la indicación, y el aprendizaje de Gall se vió elevado á profesor por aquella asamblea.

Nada mas natural que empezar por las señoras, y anticipadamente por la de la casa, circunstancia que á decir verdad no me causó disgusto porque milady Enriqueta, que así se llamaba, era la inglesa mas bella y seductora, la mujer de mas atractivos que haya atravesado nunca el Océano. Notábase especialmente en su rostro, de blanquísima nieve, la expresión de la mas tierna dulzura, de la bondad mas profunda: parecía una mujer que se elevaba al cielo, ó un ángel que descendía á la tierra; comparación ya muy usual y gastada, pero que es la única que nos ocurre ahora para expresar mejor la idea que aquella mujer despertaba. Con estas impresiones, pues, y sospechando de antemano los órganos que encontraría mas pronunciados bajo aquellas bellísimas trenzas, empecé yo mi reconocimiento. Antes de él debo decir que todos me habían comprometido á ser franco, exigencia á la que accedí gustoso; pero una vez verificado, ni quise, ni me hubiera sido posible serlo. Lo que la frenología me había dado á conocer en la cabeza de milady Enriqueta era tan absurdo, estaba tan en oposición con lo que su semblante revelaba, con la que yo mismo había creído descubrir, que todo el cuidado me pareció poco para disimular mi sorpresa y las dudas que por la vez primera había llegado á concebir de la ciencia.

Aquella mujer, frenológicamente considerada, era una criminal: la combinación de ciertos órganos que en su cabeza sobresalían notablemente, y la depreciación de otros que debía moderarlos, manifestaban una mujer hipócrita, ambiciosa, cruel, hábil y sagaz, al par que constante en sus empresas. ¡Organización agradable y feliz, de que apenas la mas rígida educación puede libertar á la especie humana!

Lo que pasó después no podría describirlo; solo creí notar al despedirme de Enriqueta que no había pasado para ella enteramente desapercibidos mis temores ni mi turbación, lo cual á pesar mio me hizo estremecer.

Al salir á la calle, mi amigo me propuso un paseo por el mar, y yo accedí gustoso; nada mejor podía haberse ocurrido. Era una de esas noches tropicales que no se disfrutan sino en América: el cielo se ostentaba puro, espléndido, la brisa era refrigerante, la luna reflejaba su argentado fulgor en el mar, cuyas aguas tranquilas asemejaban las de un gran río. Y bien necesitaba yo de todo esto para calmar la angustia y ansiedad que el reconocimiento de Enriqueta había dejado en mi alma, y que lejos de poder ocultar como pretendía, tuve que comunicar á mi amigo á los pocos instantes de habernos embarcado.

— Pero ¿tú conocías á esa mujer antes de ahora? me preguntó este.

— Hace tres días que he llegado, le contesté. Vivo contigo, y no me he separado de tí un solo instante. Has podido ver pues que nadie me ha hablado de ella, como no hayas sido tú, para tributarle grandes elogios.

— ¡Es cosa particular! murmuró mi amigo entre dientes y meneando la cabeza, de modo que picó mucho mi curiosidad.

— Cuéntame, le dije al momento, lo que sepas de ella, dime quien es Enriqueta.

— Una viuda rica, amable, que da muchas limosnas, una mujer que pasa por un ángel.

— Yo no te pregunto por lo que pasa, sino lo que es, tú sabes algo de ella.

— De positivo, no; hay tal misterio en su carácter y en sus antecedentes, que ninguno puede decir que la conoce, de que van ya para dos años que fijó aquí su residencia. Esto me convence mas de que nadie te ha podido hablar de ella en otro sentido que yo, lo cual hacen crecer mi extrañeza y admiración á un punto inexplicable.

— Luego sabes algo; habla por Dios, y cuenta con mi discreción.

— Escucha pues una historia que me han referido hace seis meses, y no hagas sobre ella comentarios ni explicaciones. Lo que te voy á contar debes olvidarlo en seguida, al ménos mientras permanezcas en esta ciudad.

En 1840, en un pueblecito que baña el Niágara, próximo á donde sus inmensas cataratas se derrumban, vivía modesta y oscuramente una familia inglesa, compuesta de sir Jorge H..., de Enriqueta su hija, jóven de 20 á 22 años, y de Sara, que tendría exactamente la misma edad. Esta última, aunque mirada por sir Jorge con el mismo cariño y consideración que Enriqueta, no era sino una infeliz huérfana, hija de un honrado y antiguo militar, amigo suyo, á la cual había recogido, y dispensaba el afecto de un padre. No recuerdo si me contaron la causa á cuya virtud esta familia se había visto en la necesidad de emigrar á Inglaterra su patria, buscando un asilo en los dominios de la siempre hospitalaria Union; pero sea de ello lo que quiera, yo

he echado en olvido esta circunstancia, y es tanto menos de lamentar cuanto que por fortuna en nada afecta al interés de mi relato.

Vivia sir Jorge con modestia, aunque con cierto desahogo, merced sin duda á ciertas cartas que recibía de Londres, y que remitía indudablemente á una casa de comercio de Nueva-York. Por lo demás quien se hubiera detenido á observar su método y economía, mas que escasez ó miseria, habría creído sorprender el plan de vivir oscurecido, de no llamar la atención de nadie. Pero sir Jorge padecía una enfermedad crónica doblemente grave por su edad bastante avanzada, y un día, conociendo que la muerte iba á cortar el hilo de su destruida existencia, llamó á Enriqueta y Sara, de las cuales se despidió tiernamente, confiando á la primera algunos papeles y secretos de familia. Apenas eran transcurridos diez días de esta desgracia, cuando se recibió en la casa del difunto sir Jorge una carta de Inglaterra dirigida á este. Enriqueta, á quien el dolor tenía fuera de tino, la entregó á Sara rogándole que la leyese. Estaba concebida en estos ó semejantes términos:

« Querido Jorge: cuán grande es mi alegría al poder anunciar que vamos á vernos pronto. Sí, ha cesado de ejercer en su influencia contra nosotros la estrella fatal de nuestra familia, y su porvenir de felicidad nos sonríe. Dentro de pocos días salgo para el Havre; embárcate para el mismo punto luego que recibas esta.

Dí á Enriqueta, á mi querida Enriqueta, que á ella voy á consagrar únicamente toda mi inmensa fortuna, que tanto la hará brillar en el mundo. ¡Y qué sorpresa será la mía! ¡Yo que no la conozco, pues que su infeliz madre la llevaba aun en el seno cuando os visteis precisados á abandonar la Inglaterra!

Jorge, las emociones violentas que en este momento me agitan, no dejan correr mi pluma... Embárcate para el Havre... Adios: tu hermano,

GUILLERMO. »

— ¡Qué feliz vas á ser! exclamó Sara al concluir la lectura de esta carta.

— ¡Y mi padre! ¡mi pobre padre para quién la fortuna ha sido tan cruel, que solo se le presenta ahora, porque sabe que su deslumbrante atractivo no le ha despertado en la tumba!

— Vas á ser rica, muy rica... ¡Y yo!

— Tú no te apartarás nunca de mí, tú tendrás siempre lo que yo tenga. ¿Lo dudas acaso?

— ¿Con qué ese tío tan rico no te conoce, no te ha visto nunca? preguntó Sara con aire de extraña y particular distracción.

— Sin duda, respondió la huérfana sin apercibirse de esta repentina pregunta.

Pocos días después las dos jóvenes se encontraban en Nueva-York, y aunque ambas se disponían á embarcarse para el Havre en un bergantín inglés, este se dió á la vela el día anunciado, sin llevar á bordo mas que á Sara.

— ¿Y Enriqueta? pregunté á mi amigo sin poder respirar apenas.

— No sé; los periódicos de la capital anunciaron al día siguiente que en uno de los extremos de la población, no muy distante de unos baños públicos, había aparecido el cadáver de una joven, á quien el mar arrojaba después de haber arrebatado la vida.

¡Dios mío!

— Sara llegó al Havre. Sir Guillermo lloró mucho la muerte de su hermano, pero encontró motivo de consuelo en la posesión de una sobrina hermosa y angelical, con la que partió á Inglaterra inmediatamente. En cuanto á la clase de afecto que Guillermo consagró á Sara (la cual se llamaba Enriqueta desde que dejó el Nuevo Mundo) no le puede haber mas puro ni desinteresado, y sin embargo á los dos años contrajo matrimonio con ella. Se dice que Sara le asedió constantemente, que supo engendrar en su alma una pasión violentísima, y que el pobre sir Guillermo no pudo resistir á una seducción de todos los días, de todos los momentos. ¡Y qué desgraciado fué! Su joven esposa, á quien por lo demás la naturaleza había concedido una hermosura singular y un atractivo poderoso, no tardó en corresponderle con desvío, luego que dueña de una inmensa fortuna, y de un nombre respetable, se entregó á los encantos de la vida opulenta, y á los placeres del gran mundo. Un gallardo mancebo que pertenecía á la primera sociedad británica, se mostró apasionado de ella, y Sara acabó con la existencia de sir Guillermo, cuya generosidad fué tal, sin embargo, en sus últimos instantes, que la declaró su heredera universal. Sara vistió luto y siguió siendo compasiva con su amante; pero este no tardó mucho en abandonarla, contrayendo un enlace de alta conveniencia.

— Entónces lo mataría, con mas á su mujer, y á los parientes de entrambos, dije á mi amigo interrumpiendo la relación, y preparándome á oír nuevos y abundantes crímenes.

— Nada de eso, respondió este sonriéndose: el desaire hirió tanto su orgullo de mujer, y le produjo tan fuerte despecho, que abandonó la Inglaterra, y emprendió larguísimo viajes por Europa y América, aunque nunca por los Estados-Unidos en que asegura no haber estado jamás.

La historia había terminado y nuestro paseo también; mi amigo se despidió de mí reiterándome que fuera discreto, y yo le repetí una y mil veces que la frenología era una gran ciencia, y que hacía perfectamente en irle dando crédito. Una vez en mi cuarto no

pude dormir aquella noche, lo que se explicará el lector tan fácilmente, como que Sara, protagonista de la lúgubre historia contada por mi amigo era la joven huérfana recogida por sir Jorge, y la milady Enriqueta á quien yo había reconocido creyendo encontrar en su cabeza una pésima organización.

Por lo demás, si mi amigo pretendió reirse conmigo y darme una lección, ¿quién dudará que yo á trueque de que su relato no fuera sino pura invención, sacrificaría gustoso la vanidad de aprendizaje de frenología, y mi entusiasmo por el estudio de la craneoscopia?

EMILIO BRAVO.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — La canícula y la lluvia. — Del traje de los parisienses; diferencia entre los domingos y los días de trabajo. — Las sombrillas y los abanicos de los elegantes. — Las sortijas de un oficial francés. — Modo ingenioso de poner un bozal á un perro. — Trajes de caza. — Metamorfosis de la bata. — Descripción del figurín de este número.

En los pocos días de calor que hemos tenido, interrumpidos, como es costumbre, por la lluvia, he podido hacer una observación que entra en las atribuciones de la moda. El parisiense de todos los días, sea cual fuere el calor que sufre, lleva encima su frac ó su levita y su sombrero en la cabeza; pero el parisiense del domingo lleva su levita ó su frac debajo del brazo y su sombrero en la punta del bastón; parece que nada refresca tanto como un sombrero á la punta de un junquillo.

Hay además una moda nueva que recomiendo á los señores elegantes, y es la moda de la sombrilla y del abanico.

No hay que reirse, amables lectores de Ultramar, y sobre todo no hay que burlarse de los parisienses que se abanicen, y se resguardan de los rayos del sol con bonitas sombrillas, pues lo hacen con la mejor buena fe del mundo.

He visto en una carretela descubierta cuatro jóvenes elegantes, cada cual con una sombrilla-marquesa, de seda blanca, forrada de tafetan color de rosa. Los cuatro mozos se parecían á los pastores de Florian, con la diferencia de que en vez de cayados llevaban abanicos. Estos señoritos vestían frac y pantalón de piqué blanco; camisa de batista con entredos de encaje, corbata de seda azul celeste, guantes de Suecia color de rosa, y llevaban por complemento anchos sombreros de paja de Italia, con adornos de terciopelo negro.

Decididamente nuestra sociedad se vuelve ridícula. Sin embargo, á veces se encuentran en ella también rasgos sublimes de valor y de gracia, que merecen pasar á la posteridad en letras de molde.

En una escaramuza reciente habida entre los rusos, los ingleses, los turcos y los franceses, una bala rusa se lleva el brazo de un oficial francés:

— Mil bombas, exclama el valeroso joven, sin soltar un grito, que á lo ménos me traigan mis sortijas.

¡Prendas de amor sin duda, talismanes de muchos corazones abandonados en países lejanos!... ¡Pobres sortijas, pobres corazones, pobre oficial!...

Un romano no hubiera hecho otro tanto.

Ahora voy á citar un rasgo de gracia, antes de hablar de pantalones y de chalecos... En el verano se recoge, pero no se siembra, de manera que tenemos pocas modas nuevas, y por eso gasto mi tinta y mi papel en hablar de otras cosas.

Hace algunas tardes, Nadar, uno de los caricaturistas mas famosos, se paseaba en los Campos Elíseos con su perrito, un precioso perrito blanco y café con leche, que daba saltos y mas saltos para obtener de su amo un bizcocho. El bonito perro llevaba su afilado hocico encerrado en un bozal negro, que se destacaba sobre el blanco de su pelo, pues es de advertir que en París se castiga severamente á los amos de perros que se pasean llevando sin bozal á sus animales. El bizcocho fué tragado instantáneamente con mucho asombro de algunos gendarmes que se divertían hacia algunos minutos con las monadas del perrillo: ¡Nadar había pintado sobre el hocico blanco de su perro un bozal negro!...

Volvamos ahora á nuestras modas.

La mayor parte de los trajes de caza se componen de un frac ó de una chaquetilla de paño doble; el cuello, las bocamangas y las carteras de los lados se ponen de terciopelo de distinto color que el del fondo; también se hacen de paño verde de corte, con el cuello, bocamangas y carteras de terciopelo oscuro, y por último hay casaquillas de paño escarlata con los adornos de terciopelo azul celeste.

Los chalecos se siguen llevando con faldetas á lo Luis XVI, y se hacen del mismo color que la casaquilla ó frac, con iguales adornos y botones idénticos, aunque mas pequeños. Las batas han sufrido una gran metamorfosis; este año se llevan muy largas y muy anchas, mientras que en el invierno se llevaron cortas y abotonadas rectas.

Las batas mas elegantes se hacen de hilo de alpagá ó de cachemira. En las de lana están admitidos los colores oscuros, pero las de hilo, que se hacen de mil rayas, de cuadritos ó lisas, son de colores claros.

Las batas de lana van ribeteadas con un doble galon de terciopelo pegado á medio centímetro del borde. Sobre el delantero figuran á cada lado cuatro presillas, ribeteadas también con dos galoncitos estrechos. Estas presillas que se abotonan de izquierda á derecha, una sobre otra, cierran la bata desde el nacimiento del chal hasta la parte de la cintura; las de hilo llevan también cuatro presillas.

Para dar una idea exacta de la moda, nos atenderemos al figurín que acompaña á este número.

El primer personaje es un hombre de treinta años, vestido con un elegante traje de calle, que se compone de una levita de paño color de bronce, respunteada al rededor á borde abierto; el talle es un poco largo; faldones largos y de poco vuelo; manga con abertura de seis cent., y un solo botón, sin bocamangas. Chaleco de valencias con ancho chal abierto,

cerrado solo con cuatro botones. Pantalón de hilo crudo, holgado de pierna y sin trabillas.

El niño que viene después tendrá como unos seis años. Su traje es tan ligero como sencillo. Consiste en una blusa de merino cachemira azul Eugenia, abierta sobre el delantero, y provista de un cinturón con hebilla. Todo el adorno de esta blusa consiste simplemente en un ribete de tres galones de terciopelo separados entre sí por cortas distancias. Las mangas son anchas, cortas y redondas. Bajo esta blusa se lleva un chaleco de piqué blanco, abotonado hasta el cuello. Pantalón blanco de percal con guarnición de punto de Venecia; medias de hilo rayadas; gorrito de cachemira con hebilla y borlas.

Luego sigue un jovencito de diez y ocho á veinte años, en traje de campo. La chaquetilla blanca de hilo tiene la forma de una chaqueta, y lleva una sola hilera de botones. Vista por detrás, esta chaquetilla tiene un talle ancho y holgado, largo sin exageración, y de un gracioso bombeo; carteras y bolsillos en las caderas; mangas muy anchas, sin bocamangas ni abertura. Chaleco á chal medio abierto, poco largo y recto de cintura; pantalón ancho con caída redonda sobre el pié; zapatos de charol, y botines de tela igual á la del pantalón; camisa de color rayada; corbata de batista; sombrero de paja, con cinta de terciopelo negro.

El último traje es el de un hombre de treinta á cuarenta años. Es un traje de vestir para los baños y las visitas campesinas: frac de paño color de castaña con dos hileras de botones de metal, y doble botón suelto por delante; talle justo; faldones largos, cuadrados y forrados de seda; chaleco de piqué de fantasía á chal abierto; pantalón de satén color de perla, con caída natural y sostenido por una trabillita.

Este traje, esencialmente moderno, va cubierto con un sobretodo de mañana de la tela llamada *Jord Gray*. El sobretodo no lleva mas que una hilera de botones; es bastante largo, con poco vuelo y está forrado de seda; los bordes van respunteados.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

### Invenciones y descubrimientos.

El profesor Florimond en Lovaina (Bélgica) está haciendo construir imanes de hierro colado. M. Crahay, individuo de la Academia Real de Ciencias de Bélgica, dice lo siguiente sobre el particular: « De tres á cuatro años acá se sabe que el hierro colado, después de templado, adquiere tal compactibilidad, que le capacita á llegar á un grado superior de polaridad magnética. Florimond se ha aprovechado prácticamente de esta circunstancia para la confección de máquinas electro-magnéticas. Estas se hacen así mucho mas baratas por la razón de que ya no se necesita el acero que es mucho mas caro, y que además se hace forjar con gran dificultad en forma de herradura, sin adquirir quebraduras. Las herraduras magnéticas de hierro colado se funden en moldes con la mayor facilidad, y se pulimentan en piedras. Las cuatro máquinas electro-magnéticas construidas por Florimond, una después de la otra con imanes de hierro colado, han conservado su poder sin interrupción alguna. La última máquina, que contiene diez y siete planchitas magnetizadas, produce un efecto sorprendente relativamente á la intensidad. Crahay ha encargado una máquina semejante para la universidad, según la construcción de Clarke, ó mas bien según Ettinghaeren.

### Correspondencia de Oriente.

Nuestros corresponsales de Oriente no nos han enviado esta semana mas que dibujos. En cuanto á las noticias, presumen sin duda que las sabemos tan pronto como ellos; pero lo que nosotros sabemos por los periódicos que reciben sus inspiraciones de los agiotistas de todas las plazas de Europa, y particularmente de los judíos alemanes que son mas ó ménos periodistas, rara vez se encuentra confirmado por las cartas recibidas directamente del teatro de la guerra. Así, todo lo que se ha dicho en la última semana sobre combates habidos entre los rusos y los ejércitos aliados ante Bucharest es tanto mas falso cuanto que el ejército anglo-francés no ha salido de Varna. Aunque el *Moniteur* del domingo no haya rectificado mas que respecto de un regimiento que se decía haber sido destruido en este encuentro, y de uno de los generales que se decía haber muerto, dejando el campo libre á una suposición que nuestros corresponsales desmienten, vale mas decir sencillamente la verdad, tanto mas cuanto que á nadie puede perjudicar ni acusar ninguna prevision

¿Cómo lo pude yo hacer  
Antes de venir al mundo?

Es decir, ¿cómo un regimiento que estaba en Varna ó sus alrededores podía sufrir un escalabro ante Bucharest?

Estos rumores tan fáciles de explicar en circunstancias como las presentes, y sobre todo cuando se está distante del lugar donde pueden verificarse los acontecimientos han motivado también una circular del prefecto de Finistère á los alcaldes de la provincia.

He aquí la circular.  
« Señor.... en el momento en que la guerra lleva nuestras tropas al frente del enemigo, debo tranquilizar á los pueblos acerca de las noticias sin carácter oficial que podrían circular en la provincia.

» La distancia en que estamos del teatro de la guerra, hace mas fácil la emisión de los rumores sin fundamento á que necesariamente han de dar lugar las operaciones de nuestros ejércitos y de nuestras escuadras.

» Al interés legítimo que el país tiene en la guerra eminentemente nacional que el emperador ha emprendido, se agrega la ansiedad de las familias que cuentan algunos de sus parientes en los cuerpos expedicionarios.



Escuadras inglesa y francesa vistas desde Baldjick.

» Los propagadores de falsas noticias, excitados ya por un sentimiento de benevolencia, ya por el deseo de parecer bien informados, tratarán de explotar la credulidad pública. Yo, si las noticias que he recibido son exactas, han circulado en la provincia rumores capaces de producir inquietud en las familias.

» Nada de lo que se ha podido decir sobre el particular es cierto, y la atención pública se preocupará inútilmente siempre que dé crédito á relaciones que no tengan un origen oficial.

» Advertid á la población que se ponga en guardia contra un sentimiento de curiosidad irreflexiva, y persiga Vd. á los que difundan noticias que tiendan á alarmar al país. Cuando ocurra algún suceso importante, yo tendré cuidado de ponerlo en conocimiento de Vd.»

Nosotros por nuestra parte, dejamos la narración de los sucesos para la parte política, y nos limitamos aquí á insertar los grabados, que como verán nuestros lectores, no todos se refieren á la guerra, sino que muchos de ellos



Doncellas de Baldjick yendo por agua á la fuente.

pueden considerarse como cuadros de costumbres y vistas locales que vienen á enriquecer ese álbum oriental de que ya hemos hablado otras veces. Los dibujos que hemos recibido son los siguientes: 1º La escuadra del almirante Bruat, saliendo del Bósforo para reunirse á la del mar Negro constituida en armada naval; 2º un destacamento turco fuera de la puerta de Silistria; 3º Encuentro del navío *Descartes* y de dos fragatas inglesas contra seis fragatas rusas, y tres fragatas de vapor; 4º soldados irregulares acampados en las orillas del mar hasta Samsun; 5º vista de Samsun; 6º escuadras inglesa y francesa delante de Baldjick; 7º doncellas de Baldjick yendo por agua á la fuente. Esta es una escena que nunca dejan de reproducir los que viajan por el Oriente como un recuerdo de la Biblia que se realiza diariamente; 8º montañeses llegados á Samsun; 9º en fin, una vista de Badjick. De estos dibujos colocamos los seis primeros en las páginas 100 y 101, y los restantes acompañan á este artículo.



Una calle de Baidjick.